

Cuento del mes
“La tercera resignación”
por Gabriel García Márquez

Autores invitados

Salvador Silva | Estela Ahamendaburu
Mariana Rojas | Jorge Giménez | Celeste Silvero



**VENTAS | ALQUILERES | TASACIONES
ADMINISTRACIÓN INMOBILIARIA
PROYECTOS**

**¿Necesitás asesoramiento inmobiliario? ¿Querés vender?
Comunicate con nosotros**



11 3492 6887



info@sorgettipp.com.ar
www.sorgettipp.com.ar



Monteagudo 47 - Marcos Paz

Matrícula (DJM) 3817

Ediciones Rocamadour

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2019

ISSN 2618-5172

www.edicionesrocamadour.com.ar

Esta revista se terminó de imprimir en agosto de 2019, en gráfica Rocamadour - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires.

Diseño y edición: Alejandro Torres

Corrección de textos: Sergio Ortiz y Alejandro Torres

Ventas: Sergio Ortiz

Condiciones de venta y suscripción: Diego Rojas (diegoparral2017@gmail.com)

Suscripción \$50 / Número simple \$65

Imágenes:

Foto de portada: Gorka Lejarcegi (www.gorkalejarcegi.com)

Pintura contratapa: "Invernales" por Alejandra Llanos

Ilustraciones de los textos de esta edición: Fede Ávila Corsini (Instagram: Dibujando al margen)

Anahí la Rocca (Instagram: anne.draws)

"El secreto de una buena vejez no es otra cosa que un pacto honrado con la soledad."

CONTENIDO

Del lado de allá

Silencio, hospital	por Alejandra Llanos	5
En memoria de Tony	por Salvador Silva	8
El dilema	por Alejandro Torres	10
Como si todo lo que hay aquí y ahora	por Mariana Rojas	14
Contrarios	por Pablo Ortiz	14
La helada	por Mauro de Giuseppe	15
La justicia del lobo	por Jorge Giménez	18
El loco, lo llaman	por Estela Ahamendaburu	19

Cuento del mes

La tercera resignación	por Gabriel García Márquez	20
Sobre amigos y <i>no tanto</i>	por Mauro de Giuseppe	25

Del lado de acá

Rebeca Osorio	por M. M. Álvarez	28
Compañeros de banco	por Hugo Canal Bialy	33
Perpetuos	por Celeste Silvero	35
El fin	por Estefanía Brandán	36
1951	por Diego Rojas	38
Torcido	por Sergio Ortiz	41
Surreal	por Paula Aros	43

Lecturas visuales

La soledad colectiva	por Pablo Ortiz	44
----------------------------	-----------------	----

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

Prófugos de la utopía

¿Qué pasaría si un pueblo como Marcos Paz se tiñera de realismo mágico, y como en un "Macondo poblado de árboles" la realidad superara a la ficción y se animara a convivir con ella?

¿Sería posible que un autor que indaga en lo más profundo de su corazón y se atreve a desafiar la lógica de las estructuras narrativas convencionales publica un libro de cuentos, *¿Quién es Andrew Jones?*, y lo presenta en la Biblioteca Pop. Gral. San Martín (M.Paz), y no conforme con la convocatoria y el buen recibimiento de la crítica, se anima además a presentarlo en Baires, en el multiespacio Korova?

Si traspasamos el umbral de los sueños y trabajamos duro junto a nuestra imaginación, y la maravillosa máquina de escribir, acompañado por el grupo de amigos editores y correctores que conforman la revista literaria "Rocamadour" podríamos afirmar que el autor es Diego Rojas y que el libro en cuestión superó las expectativas de los lectores por lo sorpresivo del desarrollo de sus historias y por la forma de estar conectadas, y que en realidad es el segundo libro del escritor, quien en 2017 ya había publicado *Amor impar*, su primer poemario.

¿Puede convivir una publicación en papel con frecuencia mensual, con buen diseño y contenido en los relatos de los narradores y poetas, más invitados soñadores que escriben y dibujan, en plena era digital?

La respuesta la brinda Stephen King, en el prólogo del libro compilatorio de cuentos *Todo es eventual*: "El relato breve tampoco es un arte perdido, pero convengo que está mucho más cerca de la extinción que la poesía. Cuando vendí mi primer relato en el encantadoramente lejano 1968, ya lamentaba la constante degeneración de los mercados. La literatura por entregas había desaparecido, los boletines semanales iban de capa caída, los semanarios tales como 'The Saturday Evening Post' agonizaban. En los años transcurridos desde entonces, he presenciado la merma de los mercados del relato breve. Dios bendiga a las pequeñas revistas, donde los escritores jóvenes aún pueden publicar sus narraciones. Dios bendiga a los editores que todavía dan luz verde a alguna que otra antología de relatos originales... Pero lo cierto es que Dios no tendrá que pasarse el día entero, ni siquiera la hora del café bendiciendo a esas personas; le bastarán diez o quince minutos para repartir todas las bendiciones. Son muy pocos, y cada año hay uno o dos menos."

Hugo Canal Bialy



ATENCIÓN, ¡CONVOCATORIA!

Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, esta revista puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas. Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente editado, ilisto a ser publicado! ¿Te animás?

NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web: www.edicionesrocademadour.com.ar.

Mail: Alejandrotorres_ip@hotmail.com



Silencio, hospital

Por Alejandra Llanos

Ilustrado por Alejandra Llanos

El caos reinaba en la sala de terapia intensiva cuando el detective ingresó a toda prisa con su arma en mano. Sin pensarlo dos veces utilizó el comunicador para pedir refuerzos.

Los médicos, enloquecidos, trataban de comprender qué sucedía. Porque allí, a pesar de la muerte palpable, tantos decesos eran totalmente inexplicables.

—¿Qué está pasando? —preguntó.

—Usted no debería estar acá —dijo una de las enfermeras.

—Uno de los pacientes es sospechoso de asesinato —comentó el detective, aún pasmado por la actitud reacia de la enfermera.

Esta palideció ante semejante revelación.

—Oficial, si está en terapia, dudo mucho que sea peligroso.

—Detective —aclaró Schort—, y eso lo determino yo. Hágame el favor de decirme qué es lo que está pasando.

La enfermera dudó por un momento, miró a su alrededor buscando alguien a quien acudir, alguien que tuviese las palabras exactas, aquellas que su mente se negaba a producir. En semejante revuelo nadie reparaba en ella ni en el hombre que la acompañaba.

—Los pacientes están muriendo —le contestó, seria.

—¿Qué pasó? —No podía creer lo que escuchaba.

—Los signos se desvanecen. Suele pasar en terapia, claro, pero no de forma tan... masiva.

—¿Qué pasó con el hombre que trajimos?

—El está bien. Es extraño, no se notan alteraciones.

Sería posible, pensó Schort, que ese hombre estuviese robándole la vida a los desafortunados que compartían el pabellón con él, no era muy lógico.

El detective contempló todo lo que lo rodeaba: el cartel junto al reloj, con la imagen de una enfermera que rezaba la frase “Silencio, hospital”, era tan inútil su mensaje en ese manicomio que resultaba irritante. No era más que una escena dolorosa y llena de desesperación; incluso vio cómo uno de los médicos cayó simplemente fulminado al suelo después de fracasar en su ardua tarea, y ahora también yacía inerte mientras otros dos corrían a socorrerlo.

“Sería posible, pensó Schort, que ese hombre estuviese robándole la vida a los desafortunados que compartían el pabellón con él, no era muy lógico.”

El viejo le había dicho que eran más peligrosos al verse vulnerables. Admitir semejante idea en su mente era reconocer que este caso se escapaba completamente de su entendimiento y este delincuente era algo mucho peor, sabía que era una locura pero...

—Quiero que lo saque inmediatamente y lo encierre en un cuarto vacío.

—¡Le repito que estamos en medio de una emergencia!

—¿Dónde está?

Y guiándose por un rápido movimiento en las pupilas de la enfermera, corrió hacia donde ellas apuntaron vacilantes. Comenzó a desconectar los aparatos y las sondas. Si su teoría era correcta, sacarlo de allí, podría salvar a más de uno.

Empujó la camilla hasta la puerta, pero antes de llegar un médico se interpuso en su camino.

—Salga inmediatamente y deje al paciente.

—Es peligroso.

—Está fuera de su jurisdicción, detective. Y está prohibido sacar a nadie sin el alta.

—¡No entiende! ¡Tiene que estar aislado!

En respuesta, el médico presionó un botón situado junto a la puerta.

—Seguridad se hará cargo de usted. Esperemos que el paciente no tenga secuelas graves luego de sus incoherentes actos. Ya que eso le costaría su placa.

—Él es mi prisionero y yo...

Un grito desgarrador, proveniente de la garganta de alguna de las enfermeras, lo hizo darse vuelta.

—Soy tu prisionero? —dijo el sujeto de la camilla que se había incorporado. □

CONSULTÁ
NUESTROS PRECIOS



**SUPREMAS SUPREMAS RELLENAS
MILANESAS DE MUSLO
MILANESAS DE PESCADO
BOMBITAS DE PAPA
MATAMBRE DE POLLO**

**PROMOCIONES Y DESCUENTOS
A COMERCIOS**

Teléfono: (0220) 477-5100

1160264006

1123421345

f Granja Los Abuelos

Dirección: Rivadavia 2971

UN
EMPRENDIMIENTO
DE CARMEN Y
DANIELA PELETZ

En memoria de Tony

Por Salvador Silva

Los datos de la siguiente historia me fueron dados por un compañero de letras al mediodía templado que nos ofrecía julio en algún lugar de la vasta provincia de Buenos Aires, tras una breve conversación que osciló en diferentes direcciones mientras permanecimos de pie en la esquina de su casa. Debo decir que acusé un instante de desconcierto, un ligero estupor; favorable para el resumen de este relato. Huelga aclarar la veracidad de los hechos, pero insisto; aun las mentiras ocurrieron en verdad.

Todo empezó ahí mismo, en su casa. Su familia tiene por saludable costumbre, me consta, adquirir productos diversos a través de la modalidad ambulante de comercio. Esta conveniente preferencia le valió las asiduas visitas de Tony, entre otros mercachifles trashumantes, aunque el centro gravitacional de la historia, como verán y como su título lo sugiere, es Tony. El bueno de Tony, ávido, habrá advertido sin problemas el carácter positivo de esta gente para con su actividad, y cedió a la tentación de compartir con su círculo íntimo no solo la buena disposición con la que se brindaban, sino también su locación. Previsor, Tony. Una vez muerto, por causas que sospecho mortales —mi interlocutor desconoce los motivos, pero definitivamente murió, como todos lo haremos, por alguna razón—, se presentó en la casa con un bolsito lleno de mercadería a cuestas el hijo de Tony, dispuesto a ocupar el lugar del padre como vendedor.

Sonaba bastante lógico. El muchacho no era el fiel reflejo de Tony, pero tampoco diametralmente disímil. El oficio confirmaba, en todo caso, la genética; es usual que los hijos imiten a los padres, como así también que los padres sientan la necesidad de compartir sus conocimientos con los hijos, casi sin la intervención de la libertad de elección en el proceso; ni los hijos eligen el modelo a seguir, ni el modelo tiene a nadie más inmediato a quien heredarle su sabiduría, sea esta del índole que fuere. En fin, plantado en la escena, el hijo de Tony fue el nuevo proveedor de esta fa-

milia, surtiéndola de lo necesario en materia indumentaria a un costo, según la prenda, hasta 200% menos que en las tiendas del pueblo.

Cierto día, al tiempo que las visitas del hijo de Tony menguaban, se presentó la mujer de Tony, también con un bolso, probablemente apremiada por las circunstancias, devenida en vendedora puerta a puerta. Esto fue menos sorprendente que conocer al hijo; si tenía ciertamente hijo, habría tenido, como es natural, mujer. De todos modos, y en tren de conversación, alguien de la familia deslizó que conocían a su hijo...

—¿Qué hijo? —inquirió la mujer.

—El hijo de Tony...

—No... Tony no tenía hijos...

No tuve la suerte de vistear las caras alrededor de este diálogo, pero intuyo que habría sido delicioso para el desarrollo del relato ya que a falta de una mejor imaginación, no tengo la más pálida idea de cómo hicieron para salir todos de ese engorro.

Es difícil creer que dos personas que se presentan en la misma casa con el pretexto de mantener una relación filial con el mismo tipo, para vender la misma mercadería que aquel, finalmente, no se conozcan entre ellos. Se me ocurre dudoso que Tony haya omitido un detalle tan significativo como para propiciar el encuentro de un supuesto hijo extramatrimonial con la que hoy es su viuda.

Como ven, la historia tiene potencial y merece, mínimamente, análisis. Este modesto esfuerzo descansará en las siempre antojadizas valoraciones y ya veremos si alcanza el mejor destino al que acceden solo las buenas historias; su propagación.

A lo Auguste Dupin, pero mucho más fálible, he tejido la siguiente teoría; sostengo que se conocen —madre e hijo, o supuesto hijo—, y lo fundo en lo antes mencionado; van a la misma casa, se presentan nombrando a Tony, alegando un parentesco, venden lo mismo. Aquí lo único que carece de todo examen es que realmente conocen a Tony, o lo conocían, dada su irrevocable condición. Al

respecto de la relación entre ellos, creo que existe, no ha de ser cercana, pero se conocen.

Desecho el ocultamiento de su descendencia por parte de Tony, como ya puse en duda, y refuerzo; mantener incógnito a un hijo durante tantos años puede demandar una ingeniería bastante compleja, sobre todo si la paz del matrimonio, por consiguiente de la vida, depende de que el muchacho no emerja del anonimato. Es cierto que también está la posibilidad, menos frecuente pero plausible, que Tony desconozca su existencia. Siendo así, mantenerlo a la sombra puede ser una tarea extremadamente fácil, hasta involuntaria. Pero cualquiera de los casos, el esfuerzo o la ignorancia, habilita la cautela para no hacerlos coincidir a ambos en una misma casa.

Propongo que el joven, como casi todo vendedor, miente. No por deliberada deshonestidad, sino en defensa propia. Además de lo expuesto, observo una liviana naturalidad en la respuesta de la mujer, sin que esta sea un estricto sinónimo de verdad. Mi escaso, aunque profundo, conocimiento de algunas mujeres me enseñó que el cerebro

femenino, para las cosas que realmente importan, funciona a un ritmo de aceleración del proceso de la información que no pocos hombres envidiamos. En base a esta experiencia personal, hasta ahora sin corroboración científica, apenas doméstica, me remito a su contestación y agrego la siguiente especulación del caso; una mujer a la que se le revela súbitamente un engaño tan ignominioso por medio de inocentes desconocidos y consigue mantener una postura serena, está en total control de la situación. Solo en la manifestación de ese control me basta para volver a afirmar que entre ellos se conocen y que de los dos, solo el joven miente. Disciendo, además, que la reacción de la mujer, tras descubrir la picardía, habrá estado más cerca de la risa que del asombro, o el enfado. Sin olvidar, que para trabajar en la calle hay que tener cierta audacia y aprender algunas cosas, aunque aprender no te convierta necesariamente en una buena persona, te pone comida en el plato. La honestidad, en cambio, no se masca. □



Vaquería Unisex

Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30



El dilema

Por Alejandro Torres

Ilustrado por Fede Avila Corsini

—¡Maldición! —se lamentó Bill.

—¿Cómo pudiste ser tan descuidado con el tema? Tenías que mantener todo en secreto, te dije que no podías confiar en esa perra; nos llevará a la ruina —lo maldijo Jack con el puro en la boca. Con una mano golpeaba el escritorio mientras que con la otra tomaba el apoya brazos de la silla.

Afuera, pese a la fuerte lluvia, se escuchaban los ronroneos y los bocinazos de los autos disputando el avance por un rápido retorno a casa. La mirada de Bill se volvió acalorada, apoyó los dos puños sobre el escritorio, machucando unos papeles que amortiguaron el impacto de su furia.

—Lo sé ¿quieres que te diga que lo siento? ¿Que te dé la razón? ¡Eso quieras!

—Solo quiero que seas consciente de lo que has desatado! De ahora en más todo será una caída en picada.

—Nadie lo ha notado hasta el momento —intervino Courtney.

—¿Estás tratando de fastidiarme, Courtney? ¡Yo lo he notado! ¡Tú lo has notado! ¡Este malnacido lo ha notado!

—Debiste haber prevenido todo, Jack, lo sabes.

—¡Oh! Claro que lo previne, te advertí de esa perra de Susan, te dije que lo haría. Y prometí que, si pasaba, recaería sobre ti y te arruinaría —advirtió Jack mientras se paraba y caminaba del otro lado del macizo escritorio.

—Creo que deberíamos calmarnos —volvió a intervenir Courtney con la cara y los pelos atontados por el momento de tensión.

—No vas a decirme cómo ponerme, maldita sea.

—¡Oye! Ella no te ha hecho nada, he sido yo. Deberías calmarle un segundo para poder pensar en todo esto.

—¡No me calmaré una mierda! —Jack se quitó el Trilby y lo dejó encima del buró, volvió hasta el otro lado y abrió el primer cajón. Casi temblando tomó su ME 38 que le había obsequiado el mismo Bill cuando comenzaron el negocio—. ¡Maldito, eres un malnacido! —Apuntó su arma a Bill.

—¿Qué harás, eh?, ¿me dispararás? No resolverás nada de esa manera, Jack.

—Claro que lo haré, te quitaré de mi vista para siempre —contestó Jack con la cara fruncida de rabia.

—Ca...calmate, Jack. Podremos resolverlo de otra manera, podría ir yo a hablar con ella y pedir-

le que no lo haga. O podríamos enviar a Cosby, él la hará entrar en razón.

—¿Crees que esa gente soluciona sus problemas hablando, Courtney? —Jack seguía apuntando a Bill con el arma—. ¿Crees que todo se soluciona hablando? No, maldita sea. ¡Despierta, este es el mundo real! —Quitó el seguro del arma.

Miles Davis evocaba su música en un viejo radio: la sordina de acero Harmon sacudía sus notas con un lirismo introspectivo haciendo de aquella California de 1959 la banda de sonido y el lugar preferido para las apuestas, el contrabando y los matones. *Flamenco sketches* intimaba el lugar, coqueteaba y lo hacía acogedor ante esa escena de Trilbys y tiradores.

Bill se abalanzó sobre Jack con un movimiento rápido y lo tomó por los brazos. Un disparo al techo. Ambos forcejearon ante la mirada de terror de Courtney, que se escondió detrás del sillón como un animal asustado. Otro disparo hacia una ventana.

—¡Jack, estás loco! Detente, maldito imbécil —le pidió Bill, entre dientes.

—Te mataré, Bill, lo juro, suéltame. —Jack continuaba forcejeando; le propinó con ambas manos sobre el revolver un golpe en la nariz que lo dejó en el suelo, apuntó su arma hacia el pecho de Bill y disparó tres veces. El cuerpo de Bill

“Miles Davis evocaba su música en un viejo radio: la sordina de acero Harmon sacudía sus notas con un lirismo introspectivo haciendo de aquella California de 1959 la banda de sonido y el lugar preferido para las apuestas, el contrabando y los matones.”

comenzó a escupir sangre por la boca mientras se tapaba las heridas con las manos. Jack caminó hasta detrás del sillón y vio cómo Courtney clamaba por su vida entre sollozos:

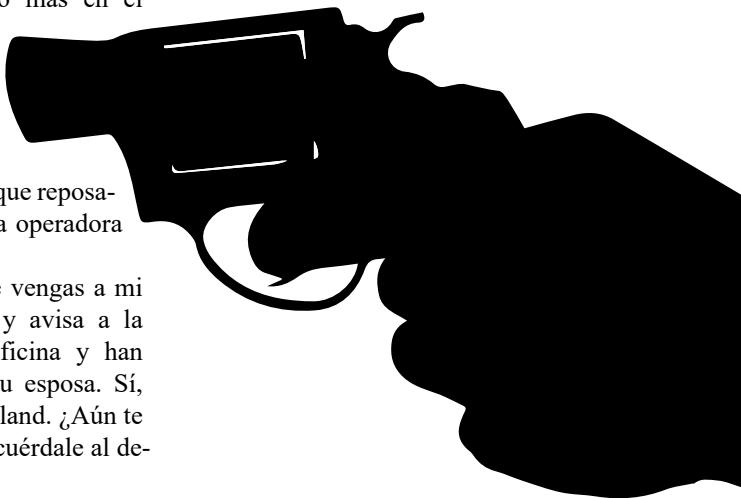
—No me mates, Jack, te lo ruego, haré lo que me digas, lo ju...

—Muere, maldita perra. —Un disparo en la cabeza acabó con su vida, y otro más en el estómago por si buscaba volver de la mismísima muerte—. Ahora debo encargarme de este maldito asunto yo, como debería haber hecho desde el principio.

Fue hasta el teléfono de baquelita que reposaba sobre su escritorio y solicitó a la operadora hablar con el número de Cosby.

—Hey, soy yo. Sí. Necesito que vengas a mi oficina. Antes pasa por el Times y avisa a la policía que han entrado en mi oficina y han matado al senador Kendrick y a su esposa. Sí, habla con ese amigo tuyo, el tal Holland. ¿Aún te debe un par de favores? También recuérdale al de-

tective "Hollywood" cuánto lo aprecio. Cuando pregunten por mí, estaba de camino a Salt Lake por negocios y tuve que regresar a buscar unos papeles del Buick LeSabre. Bien. No hay problema con eso, hablaré con Susan cuando todo se calme. Estoy seguro que será un motivo para celebrar con champagne y todos los chiches. □



UNICO!

MOVIES - MUSIC - GAMES

Belgrano 2107

011-3920-0424

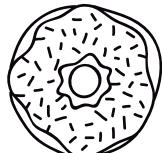
La CHURRERIA DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados
SERVICIO de Mate

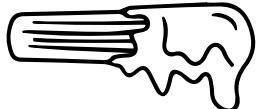


Otras
delicias



Donuts
Pan Dulces!

Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate

Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos

Churros Bombón | Churros Salados

Tostados - Berlinesas

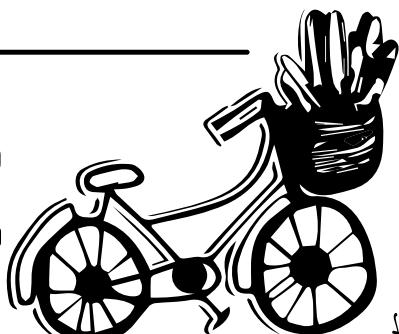
Pastelitos

Waffles - Panqueques

Bernardo de Irigoyen 10 | Marcos Paz

HACE TU ENCARGUE

011 2635-3132



Como si todo lo que hay aquí ahora

Por Mariana Rojas

Como si todo lo que hay aquí ahora no estuviera...
La luz opaca y triste que deja ciertos rincones a oscuras,

Las sombras de las cortinas, de los muebles el húmedo y frío suelo de siempre, el angosto espacio entre una cosa y otra como si estuvieran perdidos en el tiempo del mismo reloj que colgaba en la cocina.

Como si cada cuerpo hubiera sido desterrado de su espacio, de su tiempo.

Me parece haber dejado de escuchar el agua que gotea de la canilla y la ventana que golpea con el viento, creo que estoy completamente absorbida por esta soledad que siquiera tengo el lápiz y la hoja,

Que me abandonaron la filosofía, ideas, puntos, renglones, comas y las mismas metáforas que hoy no me salen escribir.

Como si todo lo que hay aquí ahora, no estuviera...

Y me siento a extrañar las voces de las personas que a veces me canso de escuchar el latido de corazones ajenos, las risas de los pequeños.

Me paro a extrañar el olor a comida y la ansiedad en la mesa, la expectativa frente al televisor.

Me acuesto a extrañar llantos, gritos, nervios que hoy no se presentan.

Porque hoy nada está donde antes estaba,

Ni la estufa ni la guitarra ni mis zapatos.

Entonces, me detengo a extrañarlos a romperme la memoria con detalles suyos.

Como si todo lo que hay aquí ahora, no estuviera.

Porque nada existe y nada vive ni funciona en tu ausencia, contigo marcha el reloj y sin ti no rota la tierra.

Los días pasan si te veo y si no dejan de ser días...
Ni llueve ni hace frío, no hay colores ni comienzan los meses ni finalizan las estaciones.

Todo se detiene y se pierde hasta que tú llegas otra vez a mis brazos, las cosas simples de siempre vuelven a su ocupada rutina y yo vuelvo a enamorarme cuando tú golpeas la puerta.

Para mi esposo Damián.

Contrarios Contraarios

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Iré sin haber ido,
volverás sin haber estado.
Dormiré en movimiento,
trabajarás inmóvil.
Retrocederé el futuro,
adelantarás el pasado.
Me quemaré con hielo,
te mojarás con fuego.

Me perderé encontrando,
te encontrarás perdiendo.
Te seguiré soñando,
me soñarás siguiendo.
Calentaré silencios,
enfriarás estruendos.
Caminaré en el aire,
volarás en la tierra.

Lloraré alegría,
sonreirás tristeza.
Recordaré ayer,
olvidarás mañana.
Acortaré la distancia,
alejarás la cercanía.
Saltaré en la oscuridad,
caerás en la luz.

Sufriré felicidad,
festejarás agonía.
Circularé cuadrados,
cubizarás redondos.
Conectaré los cuentos,
contarás las conexiones.
Pensaré los movimientos,
moverás los pensamientos.
Empezaré al terminar.
Te odiaré amándote.
Moriré y seguiré vivo. □



La helada

Por Mauro de Giuseppe

Ilustrado por Mauro de Giuseppe

Huér纺a desde los nueve años, mi familia entera murió la misma noche. Pueden buscarme si quieren en los diarios del 16 de julio de 1996, no en todos, un recuadro irrelevante del diario Crónica y una nota grande en un periódico local de Merlo: La Voz de Pontevedra.

Los periodistas tomaron los testimonios de la policía por medio de una llamada telefónica. Los policías tomaron datos de algunos vecinos y de los médicos del Hospital Eva Perón. Todo lo que dicen esos periódicos es falso. ¿Es que nunca nadie tomó mi testimonio en serio? ¿Yo,

que estuve allí y presencié todo? Es por eso que resolví jamás hablar de la tragedia hasta este momento.

Sobre la noche del 16 de julio de 1996 cayó sobre los techos de mi barrio una helada como nunca se ha visto, no era una helada blanca, de humedad y cristales, era una helada invisible. Una helada que no se posaba sobre las cosas sino que las penetraba sinuosa, arteria y diestra como una araña en su tejido. Las plantas se desmayaron sin aire, la chatarra que juntamos sobre el día se volvió negra en su totalidad, iba tiznando esta helada invasora todo por el patio

hasta llegar a Dieguito, nuestro caballo. Dieguito nunca se acuesta y se echó esa vez de un lado sobre su carro, nunca supe si pudo despertar. Los perros en cambio, acurrucados en un laverropas viejo que improvisaron como cucha o entre las chapas de un barril de aceite quedaron a salvo. Solo el Cachilo, siempre solitario, eligió dormir en medio de la calle y se agotó desde adentro, lo consumió y se lo llevó tiritando como todos los inviernos que le trajo la vida.

Yo estaba despierta esa noche, mirando en la oscuridad fría donde dormía toda mi familia, atenta estaba hacia el espectáculo siniestro detrás de la ventana. No podía moverme, tenía miedo de despertar a mi hermano más chico que dormía a mi lado, temía que me supiera despierta mi padre y me retara por eso, temía también a la helada novedosa del afuera y creía que por el solo hecho de haberla descubierto fuese atacada también desde mi corazón, que suavemente lo detuviese esa helada como lo estaba haciendo con todos allá afuera.

Recuerdo claramente que me quedé en silencio observándola por entre una cortina rasgada. Acostada como siempre junto a mi hermano más chico en una cama tipo marinera, debajo de nosotros estaban

“Sin embargo, esa madrugada única nada me contuvo, asqueada de mis propias cavilaciones me senté en la cama y espantada corrí algo de la cortina rasgada. Puse mi mano en el vidrio y sentí ese frío novedoso, negro y desgarrador. El frío que mata el aliento de los seres.”

durmiente mis otros tres hermanos. Como era la mayor, pude elegir la cama de arriba para mí desde el primer día en que la trajimos. Desde allí solía mirar la calle por entre las cortinas roídas, todas mis noches.

Mis padres dormían en una cama matrimonial justo pegada a la nuestra. En algunas de las tantas noches de desvelo me solían asaltar unas ganas terribles de orinar. Pero para llegar al baño tenía que pisar la cama de ellos. Mi padre se enojaba mucho si lograba despertarlo y mi madre también, a ella la enojaba el hecho de que mi padre se enojara. Los reproches y amenazas se hacían largos y mortificantes en la oscuridad, mi madre tan solo se sumaba a ellos con el correr de los minutos o en algunas veces me justificaba y le atribuía a unos parásitos todo mi incurable desvelo.

Sin embargo, esa madrugada única nada me contuvo, asqueada de mis propias cavilaciones me senté en la cama y espantada corrí algo de la cortina rasgada. Puse mi mano en el vidrio y sentí ese frío novedoso, negro y desgarrador. El frío que mata el aliento de los seres. No me equivoqué. La helada pareció presentarme, pareció sentir mi mano por entre el delgado cristal. Sintió mi mirada que la revelaba y me atacó como una fiera. Estalló el vidrio en una explosión silenciosa y se permitió esa helada oscura invadirnos como una niebla sucia.

En ese momento, puerilmente me preocupé una vez más por el reproche de mis padres, por haberlos despertado, por haber roto el vidrio con mi impertinente mirada. Pero no fue así, no había despertado a nadie, estaban todos aún muy dormidos, dormidos como el Cachilo en el medio de la calle o como Dieguito dormido sobre la chatarra de su carro. Pobre Diego, si lo hubiera desatado, quizás...

"Monóxido de carbono mata a una familia en Merlo", "Braserito mata a un matrimonio y cuatro chicos.... Nena de nueve años sobrevive". Si leen detenidamente cada palabra de los titulares notarán que están completamente equivocados, ninguno habla de la helada oscura del 16 de julio de 1996. □



Andorra's

RESTO

011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

o Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00
HASTA LAS 24.00.



Andorra's

011-5031-5938 **f** Andorra El bodegón del Pueblo **o** Andorra.Elbodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

La justicia del lobo

Por Jorge Giménez

En un bosque de la península ibérica, en tiempos del imperio romano, un soldado había quedado solo, corrió lo más que pudo, pues estaba desarmado después de que una horda de bárbaros había atacado a su legión. Se llamaba Tracius, era alto de ojos marrones y de cabellera corta; en su rostro estaban las marcas de decenas de batallas, la sangre ajena y las heridas sin cicatrizar le daban un aspecto de bravura y temerario semblante. Perdió su *gladius* y su *scutum* en el fragor de la batalla, un soldado nunca huye; pero esa vez se vio superado en número por los VETTONES que surgieron de la nada, como fantasmas, gritando como bestias sedientos de sangre y blandiendo sus armas dispuestos a matar o morir con tal de eliminar a los invasores. Fue un ataque fulminante, 100 hombres contra 300, solo devastación vio el soldado a su alrededor; ante ese panorama desolador no tuvo otra alternativa que huir hacia el Este del profundo bosque. Atravesó ríos, árboles que lastimaban su piel, rocas que desgarraban sus pies y cuando su cuerpo se sintió agotado se detuvo a respirar lenta y profundamente.

En esa parte del bosque todo parecía en silencio, aunque algunas aves y otras criaturas emitían algún sonido que le daban al ambiente un carácter tenebrosamente mágico, estaba de frente a un claro y más allá una formación de piedra como un altar con símbolos tallados que no podía descifrar. Se acercó cuidadosamente, tuvo el acto reflejo de tocarse el cinturón pero su arma ya no estaba allí, se encontraba indefenso y temeroso porque su instinto le decía que no estaba solo; estaba siendo observado y eso lo perturbaba. Giró su cuerpo 180 grados al grito de ¡QUIÉN VIVE!, esperó una respuesta pero nada, la más absoluta de las quietudes reinaba en ese paraíso y solo su corazón se oía retumbar en su pecho temeroso de que el infierno mismo se haga presente en ese sitio. Nervioso quería huir de ese lugar, pero solo logró dar un paso antes de chocar con una figura humana, retrocedió rápidamente para encontrarse a un anciano andrajoso, cubierto de pieles y en su

cabeza el cráneo de un lobo negro. Aquel druida de aspecto grotesco y sucio señaló con la mano izquierda al romano que estaba en guardia para defenderse ante cualquier ataque, el anciano no hizo más que hablar en su lengua natal. Tracius no comprendía bien lo que ocurría, algo lo paralizaba y lo atemorizaba, el viejo decía su oración cada vez con más volumen y fuerza, un sudor frío recorría el cuerpo del soldado y fue entonces cuando sintió que su valentía estaba siendo derrotada por un pagano. Las palabras, que para él no tenían sentido, oscurecieron su conciencia y se vio ingresando a lo insondable de su alma donde habitan recuerdos de matanzas sin honor ni piedad, tanta sangre derramada solo por ansias de poder y gloria, dos cosas tan efimeras que de nada le servirán en el más allá.

Cerró los ojos durante 5 minutos esperando lo peor y cuando los abrió el sacerdote se había marchado, pero en su cabeza retumbaban los sonidos de antiguas palabras. Comenzó a tener visiones de muerte y violencia, rostros desfigurados de cientos de seres que habían perecido bajo el filo de su espada se le hicieron presente en su mente; la culpa y el horror se combinaron en su espíritu que comenzó a doblegarse y el deseo de un castigo divino por sus crímenes surgió de su boca en forma de grito desesperado. En ese instante solo oyó una palabra que como un mantra se repetía una y otra vez -¡VAELE! ¡VAELE!..- y cuando los rayos de la luna atravesaron las hojas, el soldado sintió como jinetes que se acercaban de entre los árboles; sus gritos de espanto y desesperación se mezclaron con los gruñidos infernales de 7 lobos negros que estaban rabiosos y hambrientos. Se abalanzaron sobre él, hundieron sus fauces en su cuello y en sus brazos, no tuvo escapatoria, fue despedazado por ese castigo divino que tanto deseaba. La maldición de la tribu VETTON cayó sobre el romano y el ejecutor fue VAELOICO el lobo infernal que protege el bosque de aquellos que quieren apoderarse de su reino. □

El loco, lo llaman

Por Estela Ahamendaburu

Hay demasiado ruido en su mente. Cuando todos se sientan a conversar, él no encuentra su silla...

¿quién le hizo un lugar?

Algunos se sienten graciosos y lo joroban, otros huyen disimuladamente.

Él no siempre se da cuenta...

hay demasiado ruido en su mente. □

HAIKU

I

Mullido el suelo,
de caóticas hojas;
¡un nuevo otoño!

II

Caen... dispersas...
en sonoros vaivenes.
Sh... ¿las escuchas?



La tercera resignación

Por Gabriel García Márquez



Ilustración original de la publicación de 1947.

Allí estaba otra vez ese ruido. Aquel ruido frío, cortante, vertical, que ya tanto conocía pero que ahora se le presentaba agudo y doloroso, como si de un día a otro se hubiera desacostumbrado a él.

Le giraba dentro del cráneo vacío, sordo y punzante. Un panal se había levantado en las cuatro paredes de su calavera. Se agrandaba cada vez más en espirales sucesivas, y le golpeaba por dentro haciendo vibrar su tallo de vértebras con una vibración destemplada, desentonada, con el ritmo seguro de su cuerpo. Algo se había desadaptado en su estructura material de hombre firme; algo que “las otras veces” había funcionado normalmente y que ahora le estaba martillando la cabeza por dentro con un golpe seco y duro dado por unos huesos de mano descarnada, esquelética, y le hacía recordar todas las sensaciones amargas de la vida. Tuvo el impulso animal de cerrar los puños y apretarse la sien brotada de arterias azu-

les, moradas, con la firme presión de su dolor desesperado. Hubiera querido localizar entre las palmas de sus dos manos sensitivas el ruido que le estaba taladrando el momento con su aguda punta de diamante. Un gesto de gato doméstico contrajo sus músculos cuando lo imaginó perseguido por los rincones atormentados de su cabeza caliente, desgarrada por la fiebre. Ya iba a alcanzarlo. No. El ruido tenía la piel resbaladiza, intangible casi. Pero él estaba dispuesto a alcanzarlo con su estrategia bien aprendida y apretarlo larga y definitivamente con toda la fuerza de su desesperación. No permitiría que penetrara otra vez por su oído; que saliera por su boca, por cada uno de sus poros o por sus ojos que se desorbitarían a su paso y se quedarían ciegos mirando la huída del ruido desde el fondo de su desgarrada oscuridad. No permitiría que le estrujara más sus cristales molidos, sus estrellas de hielo, contra las paredes interiores del cráneo. Así era el ruido aquél: interminable como el golpear de la cabeza de un niño contra un muro de concreto. Como todos los golpes duros dados contra las cosas firmes de la naturaleza. Pero ya no le atormentaría más si pudiera cercarlo, aislarlo. Ir cortando contra su propia sombra la figura variable. Y agarrarlo. Aprietarlo ahora sí definitivamente, arrojarlo con todas sus fuerzas contra el pavimento y pisotearlo con ferocidad hasta cuando ya no pudiera moverse verdaderamente, hasta cuando pudiera decir, jadeante, que había dado muerte al ruido que lo atormentaba, que lo enloquecía y que ahora estaba tirado en el suelo como cualquier cosa común convertida en un muerto integral.

Pero le era imposible apretarse las sienes. Sus brazos se habían reducido y eran ahora los brazos de un enano; unos brazos pequeños, regordetes, adiposos. Trató de sacudir la cabeza. La sacudió. El ruido apareció entonces con mayor fuerza dentro del cráneo que se había endurecido, agrandado y que se sentía atraído con mayor fuerza por la gravedad. Estaba pesado y duro aquel ruido. Tan pesado y duro que de haberlo alcanzado y destruido habría tenido la impresión de estar deshaciendo una flor de plomo.

Había sentido ese ruido “las otras veces”, con la misma insistencia. Lo había sentido, por ejemplo, el día en que murió por primera vez. Cuando —ante la vista de un cadáver— se dio cuenta de que era su propio cadáver. Lo miró y se palpó. Se sin-

sintió intangible, inespecial, inexistente. Él era verdaderamente un cadáver y estaba sintiendo ya, sobre su cuerpo joven y enfermizo, el tránsito de la muerte. La atmósfera se había endurecido en toda la casa como si hubiera sido rellena de cemento, y en medio de aquel bloque –en el que había dejado los objetos como cuando era una atmósfera de aire– estaba él, cuidadosamente colocado dentro del ataúd, de un cemento duro pero transparente. Aquella vez, en su cabeza estaba también “ese ruido”. Qué lejanas y qué frías sentía las plantas de sus pies, allá, en el otro extremo del ataúd, donde habían puesto una almohada, porque la caja le quedaría aún demasiado grande y hubo que ajustarlo, adaptar el cuerpo muerto a su nuevo y último vestido. Lo cubrieron de blanco y alrededor de su mandíbula apretaron un pañuelo. Se sintió bello envuelto en su mortaja; mortalmente bello.

Estaba en su ataúd, listo a ser enterrado, y sin embargo, él sabía que no estaba muerto. Que si hubiera tratado de levantarse lo hubiera hecho con toda facilidad. Al menos “espiritualmente”. Pero no valía la pena. Era mejor dejarse morir allí; morirse de “muerte”, que era su enfermedad. Hacía tiempo que el médico había dicho a su madre, secamente:

—Señora, su niño tiene una enfermedad grave: está muerto. Sin embargo –prosiguió–, haremos todo lo posible por conservarle la vida más allá de su muerte. Lograremos que continúen sus funciones orgánicas por un complejo sistema de autonutrición. Sólo variarán las funciones motrices, los movimientos espontáneos. Sabremos de su vida por el crecimiento que continuará también normalmente. Es simplemente “una muerte viva”. Una real y verdadera muerte...

Recordaba las palabras, pero confundidas. Tal vez no las oyó nunca y fue creación de su cerebro cuando subía la temperatura en las crisis de la fiebre tifoidea.

Cuando se sumergía en el delirio. Cuando leía la historia de los faraones embalsamados. Al subir la fiebre, él mismo se sentía protagonista de ella. Allí había comenzado una especie de vacío en su vida. Desde entonces no podía distinguir, recordar, cuáles acontecimientos eran parte de su delirio y cuáles de su vida real. Por lo tanto, ahora dudaba. Tal vez el médico nunca habló de esa extraña “muerte viva”. Es ilógica, paradojal, sen-

cillamente contradictoria. Y eso lo hacía sospechar ahora que, efectivamente, estaba muerto de verdad. Que hacía dieciocho años que lo estaba.

Desde entonces –en el tiempo de su muerte tenía siete años– su madre le mandó hacer un ataúd pequeño, de madera verde; un ataúd para un niño. Pero el médico ordenó que le hicieran una caja más grande, una caja para un adulto normal, pues aquella, pequeña, podría atrofiar el crecimiento y llegaría a ser un muerto deforme o un vivo anormal. O la detención del crecimiento impediría darse cuenta de la mejoría. En vista de aquella advertencia, su madre le hizo construir un ataúd grande, para un cadáver adulto, y le colocó tres almohadas a los pies, con el fin de ajustarlo.

Pronto empezó a crecer dentro de la caja, de tal manera que cada año podían sacarle un poco de lana a la almohada extrema para darle margen al crecimiento. Había pasado así media vida. Dieciocho años. (Ahora tenía veinticinco.) Y había llegado a su estatura definitiva, normal. El carpintero y el médico se equivocaron en el cálculo e hicieron el ataúd medio metro más grande. Supusieron que él tendría la estatura de su padre, que era un gigante semibárbaro. Pero no fue así. Lo único que de él heredó fue la barba poblada. Una barba azul, espesa, que su madre acostumbraba arreglar para verlo decentemente dentro de su ataúd. Esa barba le molestaba terriblemente en los días de calor.

¡Pero había algo que le preocupaba más que “ese ruido”! Eran los ratones. Precisamente, cuando niño, nada había en el mundo que le preocupara más, que le produjera más terror, que los ratones. Y eran precisamente esos animales asquerosos los que habían acudido al olor de las bujías que ardían a sus pies. Ya habían roído sus ropas y sabía que muy pronto empezarían a roerlo a él, a comerse su cuerpo. Un día pudo verlos: eran cinco ratones lucios, resbaladizos, que subían a la caja por la pata de la mesa y lo estaban devorando. Cuando su madre lo advirtiera, no quedaría ya de él sino los escombros, los huesos duros y fríos. Lo que más horror le producía no era exactamente que se lo comieran los ratones. Al fin y al cabo podría seguir viviendo con su esqueleto. Lo que lo atormentaba era el terror innato que sentía hacia esos animalitos. Se le erizaba la piel con sólo pensar en esos seres velludos que recorrían todo su cuerpo, que penetraban

“Al fin y al cabo podría seguir viviendo con su esqueleto. Lo que lo atormentaba era el terror innato que sentía hacia esos animalitos. Se le erizaba la piel con sólo pensar en esos seres veilludos que recorrían todo su cuerpo, que penetraban por los pliegues de su piel y le rozaban los labios con sus patas heladas.”

por los pliegues de su piel y le rozaban los labios con sus patas heladas. Uno de ellos subió hasta sus párpados y trató de roer su córnea. Le vio grande, monstruoso, en su lucha desesperada por taladrarle la retina. Creyó entonces una nueva muerte y se entregó, todo entero, a la inminencia del vértigo.

Recordó que había llegado a mayor de edad. Tenía veinticinco años y eso significaba que no crecería ya más. Sus facciones se volverían firmes, serias. Pero cuando estuviera sano no podría hablar de su infancia. No la había tenido. La pasó muerto.

Su madre había tenido rigurosos cuidados durante el tiempo que duró la transición de la infancia a la pubertad. Se preocupó por la higiene perfecta del ataúd y de la habitación en general. Cambiaba frecuentemente las flores de los jarrones y abría las ventanas todos los días para que penetrara el aire fresco. ¡Con qué satisfacción miró la cinta métrica en aquel tiempo, cuando,

después de medirlo, comprobaba que había crecido varios centímetros! Tenía la maternal satisfacción de verlo vivo. Cuidó, así mismo, de evitar la presencia de extraños en la casa. Al fin y al cabo era desagradable y misteriosa la existencia de un muerto por largos años en una habitación familiar. Fue una mujer abnegada. Pero muy pronto empezó a decaer su optimismo. En los últimos años, la vio mirar con tristeza la cinta métrica. Su niño no crecía ya más. En los meses pasados no progresó el crecimiento un milímetro siquiera. Su madre sabía que iba a ser difícil ahora encontrar la manera de advertir la presencia de la vida en su muerto querido. Tenía el temor de que una mañana amaneciera “realmente” muerto y tal vez por eso aquel día él pudo observar que se acercaba a su caja, discretamente, y olfateaba su cuerpo. Había caído en una crisis de pesimismo. Últimamente descuidó las atenciones y ya ni siquiera tenía la precaución de llevar la cinta métrica. Sabía que ya no crecería más.

Y él sabía que ahora estaba “realmente” muerto. Lo sabía por aquella apacible tranquilidad con que su organismo se dejaba llevar. Todo había cambiado intempestivamente. Los latidos imperceptibles que sólo él podía percibir se habían desvanecido ahora de su pulso. Se sentía pesado, atraído por una fuerza reclamadora y potente hacia la primitiva substancia de la tierra. La fuerza de gravedad parecía atraerlo ahora con un poder irrevocable. Estaba pesado como un cadáver positivo, innegable. Pero estaba más descansado así. Ni siquiera tenía que respirar para vivir su muerte.

Imaginariamente, sin tocarse, recorrió uno a uno cada uno de sus miembros. Allí, sobre una almohada dura, estaba su cabeza levemente vuelta hacia la izquierda. Imaginó su boca entreabierta por la delgada orilla de frío que le llenaba la garganta de granizo. Estaba tronchado como un árbol de veinticinco años. Quizá trató de cerrar la boca. El pañuelo que había apretado a su quijada estaba flojo. No pudo colocarse, componerse, tomar una “pose” siquiera para parecer un muerto decente. Ya los músculos, los miembros, no acudían como antes, puntuales al llamado de su sistema nervioso. Ya no era el de dieciocho años atrás, un niño normal que podía moverse a gusto. Sintió sus brazos caídos, tumbados para siempre, apretados contra las paredes acojinadas del ataúd.

Su vientre duro, como una corteza de nogal. Y más allá las piernas íntegras, exactas, complementando su perfecta anatomía de adulto. Su cuerpo reposaba con pesadez, pero apaciblemente, sin malestar alguno, como si el mundo se hubiera detenido de repente, y nadie interrumpiera el silencio; como si todos los pulmones de la tierra hubieran dejado de respirar para no interrumpir la liviana quietud del aire. Se sentía feliz como un niño bocarriba sobre la hierba fresca y apretada, contemplando una nube alta que se aleja por el cielo de la tarde. Era feliz, aunque sabía que estaba muerto, que reposaba para siempre en la caja recubierta de seda artificial. Tenía una gran lucidez. No era como antes, después de su primera muerte, en que se sintió embotado, bruto. Las cuatro bujías que habían puesto en derredor suyo, y que eran renovadas cada tres meses, empezaban a agotarse nuevamente; precisamente cuando iban a ser indispensables. Sintió la vecindad de la frescura en las violetas húmedas que su madre había llevado aquella terrible mañana. La sintió en las azucenas, en las rosas. Pero toda aquella terrible realidad no le causaba ninguna inquietud; al contrario, era feliz allí, sólo con su soledad. ¿Sentiría miedo después?

Quién sabe. Era duro pensar en el momento en que el martillo golpeara los clavos sobre la madera verde y crujiera el ataúd bajo la esperanza segura de volver a ser árbol. Su cuerpo, atraído ahora con mayor fuerza por el imperativo de la tierra, quedaría ladeado en un fondo húmedo, arcilloso y blanco, y allá arriba, sobre cuatro metros cúbicos, se irían apagando los últimos golpes de los sepultureros. No. Allí tampoco sentiría miedo. Eso sería la prolongación de su muerte, la prolongación más natural de su nuevo estado.

No quedaría ya ni un grado de calor en su cuerpo, su médula se habría enfriado para siempre, y unas estrellitas de hielo penetrarían hasta el tuétano de sus huesos. ¡Qué bien se acostumbraría a su nueva vida de muerto! Un día —sin embargo— sentirá que se derrumba su armadura sólida; y cuando trate de citar, de repasar cada uno de sus miembros, no los encontrará. Sentirá que no tiene forma exacta definida, y sabrá resignadamente que ha perdido su perfecta anatomía de 25 años y que se ha convertido en un

puñado de polvo sin forma, sin definición geométrica.

En el polvillo bíblico de la muerte. Acaso sienta entonces una ligera nostalgia; nostalgia de no ser un cadáver formal, anatómico, sino un cadáver imaginario, abstracto, armado únicamente en el recuerdo gorroso de sus parientes. Sabrá entonces, que va a subir por los vasos capilares de un manzano y al despertarse mordido por el hambre de un niño en una mañana otoñal. Sabrá entonces —y eso sí le entristecerá— que ha perdido su unidad; que ya no es —siquiera— un muerto ordinario, un cadáver común.

La última noche la había pasado feliz, en la solitaria compañía de su propio cadáver.

Pero al nuevo día, al penetrar los primeros rayos del sol tibio por la ventana, abierta, sintió que su piel se había reblanecido. Observó un momento. Quietos, rígidos. Dejó que el aire corriera sobre su cuerpo. No pudo dudarlo: allí estaba el “olor”. Durante la noche la cadáverina había empezado a hacer sus efectos. Su organismo había comenzado a descomponerse, a pudrirse, como el cuerpo de todos los muertos. El “olor” era, indudablemente, un olor inconfundible a carne manida, que desaparecía y reaparecía después más penetrante. Su cuerpo se había descompuesto con el calor de la noche anterior. Sí. Se estaba pudriendo. Dentro de pocas horas vendría su madre a cambiar las flores y desde el umbral la

“Pero, no. No era un sueño. Estaba seguro de que de haber sido un sueño no habría fallado el último intento de volver a la realidad. El no despertaría ya más. Sentía la blandura del ataúd y el “olor” había vuelto ahora con mayor fuerza.”

azotaría el tufo de la carne descompuesta. Entonces sí lo llevarían a dormir su segunda muerte entre los otros muertos.

Pero de pronto el miedo le dio una puñalada por la espalda. ¡El miedo! ¡Qué palabra tan honda, tan significativa! Ahora tenía miedo, un miedo “físico”, verdadero. ¿A qué se debía? Él lo comprendía perfectamente y se le estremecía la carne: probablemente no estaba muerto. Lo habían metido allí, en esa caja que ahora sentía perfectamente, blanda, acolchonada, terriblemente cómoda; y el fantasma del miedo le abrió la ventana de la realidad: ¡Lo iban a enterrar vivo!

No podía estar muerto, porque se daba cuenta exacta de todo; de la vida que giraba en torno suyo, murmurante. Del olor tibio de los heliotropos que penetraba por la ventana abierta y se confundía con el otro “olor”. Se daba perfecta cuenta del lento caer del agua en el estanque. Del grillo que se había quedado en el rincón y seguía cantando, creyendo que aún duraba la madrugada.

Todo le negaba su muerte. Todo menos el “olor”. Pero, ¿cómo podía saber que ese olor era suyo? Tal vez su madre había olvidado el día anterior cambiar el agua de los jarrones, y los tallos estaban pudriéndose. O tal vez el ratón, que el gato había arrastrado hasta su pieza, se descompuso con el calor. No. El “olor” no podía ser de su cuerpo.

Hacía unos momentos estaba feliz con su muerte, porque creía estar muerto. Porque un muerto puede ser feliz con su situación irremediable. Pero un vivo no puede resignarse a ser enterrado vivo. Sin embargo, sus miembros no respondían a su llamada. No podían expresarse, y era eso lo que le causaba terror; el mayor terror de su vida y de su muerte. Lo enterrarían vivo. Podría sentir. Darse cuenta del momento en que clavarían la caja. Sentiría el vacío del cuerpo suspendido en hombros de los amigos, mientras su angustia y su desesperación se irían agrandando a cada paso de la procesión.

Inútilmente trataría de levantarse, de llamar con todas sus fuerzas desfallecidas, de golpear por dentro del ataúd oscuro y estrecho para que supieran que aún vivía, que iban a enterrarlo vivo. Sería inútil; allí tampoco responderían sus miembros al urgente y último llamado de su sistema nervioso.

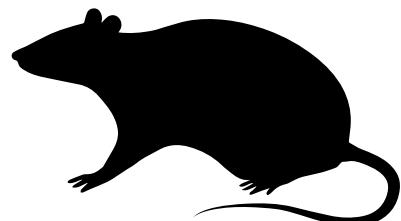
Oyó ruidos en la pieza contigua. ¿Estaría dormido? ¿Habría sido una pesadilla toda esa vida

de muerto? Pero el ruido de la vajilla no continuó. Se puso triste y quizás tuvo disgusto por ello. Hubiera querido que todas las vajillas de la tierra se quebraran de un sólo golpe, allí a su lado, para despertar por una causa exterior, ya que su voluntad había fracasado.

Pero, no. No era un sueño. Estaba seguro de que de haber sido un sueño no habría fallado el último intento de volver a la realidad. Él no despertaría ya más. Sentía la blandura del ataúd y el “olor” había vuelto ahora con mayor fuerza; con tanta fuerza, que ya dudaba de que era su propio olor. Hubiera querido ver allí a sus parientes antes que comenzara a deshacerse y el espectáculo de la carne putrefacta les produjera asco. Los vecinos huirían espantados del féretro con un pañuelo en la boca. Escupirían. No. Eso no. Era mejor que lo enterraran. Era preferible salir de “eso” cuanto antes. Él mismo quería ahora deshacerse de su propio cadáver. Ahora sabía que estaba verdaderamente muerto o al menos inapreciablemente vivo. Daba lo mismo. De todos modos persistía el “olor”.

Resignado oiría las últimas oraciones, los últimos latinajes mal respondidos por los acólitos. El frío lleno de polvo y de huesos del cementerio penetrará hasta sus huesos y tal vez disipe un poco ese “olor”. Tal vez –¿quién sabe!– la inminencia del momento le haga salir de ese letargo. Cuando se sienta nadando en su propio sudor, en una agua viscosa, espesa, como estuvo nadando antes de nacer en el útero de su madre. Tal vez entonces esté vivo.

Pero estará ya tan resignado a morir, que acaso muera de resignación.



*El 13 de septiembre de 1947 Gabriel García Márquez publicó su primer cuento, “La tercera resignación”, en el suplemento “Fin de semana”, de **El espectador**, dirigido por Eduardo Zalamea Borda (Ulises), quien en la presentación del relato escribió que García Márquez era el nuevo genio de la literatura colombiana.*

Sobre amigos y no tanto

por Mauro de Giuseppe



Podríamos, como se hace siempre en estos tipos de homenajes, traer a estas páginas de la revista una biografía habitual, de esas crónicas wikipedianas que empiezan algo así: "...Nació en la pequeña localidad de Aracataca, Colombia, el 6 de marzo de 1927" o "Su prolífica carrera se inició a muy temprana edad cuando comenzó a escribir para periódicos locales, como El Universal y El Heraldo". Cosas que poco nos importa contar en las resumidas páginas de Rocamadour, y sobre todo en una vida tan corta, miserable y trágica como es la de nuestros queridos lectores.

Como sabemos, el realismo mágico no lo inventó García Márquez como dicen algunos. Ni él ni ningún otro. El realismo mágico siempre existió y solo basta comprobarlo leyendo cualquier libro de historia, sobre todo historia latinoamericana. Cabe decir entonces que Isaac Newton tampoco inventó la fuerza de gravedad, lo que sí hizo un día este muchacho británico bajo un generoso manzano fue verla, eso tan solo separa a los

abortar la misión.

Como sabemos, a veces en la vida, tener amigos implica ganarse enemigos. Y así fue que por muchos años Estados Unidos le negó a Gabo el visado. Solo cuando Bill Clinton fue elegido presidente, se le levantó la prohibición de viajar a este país, de hecho el propio Clinton afirmó que *Cien años de soledad* es "su novela favorita" (eso no lo sabremos nunca aunque sí sabemos por medio de Lewinsky que Bill no padecía ciertamente de soledad en la Casa Blanca).

Otro de sus enemigos acérrimos fue otro futuro nobel de literatura: Mario Vargas Llosa. El 12 de febrero de 1976, momentos en que el chimentero Jorge Rial todavía no ejercía su oficio, Vargas Llosa tuvo una pelea con Gabo, incluso tuvo el ojo morado por un golpe suyo, que luego inmortalizó en una fotografía. Pero no solo unió a estos ilustres escritores el Nobel y las piñas, Márquez escribió *El coronel no tiene quien le escriba* en la misma buhardilla del Hotel de Flandre, en París, en la que luego Vargas Llosa escribiría *La ciudad y los perros*. Los dueños del hospedaje le permitieron

genios de los demás mortales: ver lo que otros todavía no vieron o no vieron con tanta claridad. Eso fue Gabriel García Márquez o "Gabo" como lo llamaban cariñosamente sus amigos, que son muchos, muchos amigos como por ejemplo Fidel Castro, al que visitaba frecuentemente y de lo que cuentan, salvó su vida en una oportunidad. Siempre se dijo que gracias a que Gabo viajaba en el mismo automóvil que Castro, los autores de un atentado contra el líder cubano decidieron

tieron a Gabo hospedarse en la buhardilla al no poder pagar por una habitación debido a la miseria en que vivía. Las razones fueron el golpe militar en Colombia y el cierre, por parte de la dictadura, de El Espectador, en el que Gabo trabajaba como corresponsal extranjero.

Otra cosa que no se cuenta mucho de Márquez y queríamos traer aquí es su pasión por el cine: antes de ser escritor, Gabo dirigió un cortometraje surrealista en 1954, un año antes de publicar su primera novela. El cortometraje se titula *La langosta azul* y está disponible en YouTube.

Una voz latinoamericana

Quedará grabado para siempre, en Latinoamérica y en el mundo, un año: 1959. Batista huye a Estados Unidos, Cuba ha vencido. Fidel Castro y Ernesto “Che” Guevara dan el golpe inicial al águila que ansía clavar sus garras en el mundo –también la luna–. Aquello se ha olvidado un poco, quizás esa amnesia se deba a que el país del norte ha tenido las mejores cartas en ese “truco frío”. Basta con mirar alguna película hollywoodense para darse cuenta que el enemigo es ruso, árabe o latino. Nosotros consumimos día a día esa moralina, de modo que nuestros recuerdos históricos se tiñen con algo de ficción.

Ahora somos los responsables de ese *bloqueo* ideológico y cultural, pero no siempre fue así. En 1959, junto a la Revolución surgió la necesidad de crear una voz propia y al mismo tiempo dar pelea a la campaña mediática de la desinformación proveniente de las grandes agencias estadounidenses. Ese año, a pedido de Fidel Castro y Ernesto Guevara, se funda la agencia latinoamericana de noticias Prensa Latina (PL). Los periodistas fundadores de PL fueron Rodolfo Walsh, Rogelio García Lupo, Carlos María Gutiérrez, Francisco Portela, Juan Marrero, Gabriel Molina y nuestro escritor del mes Gabriel García Márquez.

Gracias a estos intelectuales se da inicio a lo que hoy llamamos *Identidad latinoamericana*, y aunque el NORTE nos quiera separados –recuerden las dictaduras– siempre quedará el eco de aquello que buscó el Che, Márquez y otros sudamericanos: *Identidad*.

Kafka y la abuela doña Tranquilina

Sabemos por el mismo Márquez que su primer despertar en la literatura fue de la mano del maestro Franz Kafka. Más precisamente el escrito *La metamorfosis* (traducción de Jorge Luis Borges). Márquez dijo que siempre quiso escribir no una literatura tradicional, sino unas historias al estilo de su abuela, en las que se “insertan acontecimientos extraordinarios y anomalías como si fueran simplemente un aspecto de la vida cotidiana”.

Su abuela, Tranquilina Iguarán Cotes, a la que el joven Gabriel apodaba cariñosamente “abuela Mina”, fue una “mujer imaginativa y supersticiosa”. ¿Quién de ustedes, lectores de Rocamadour, no escuchó ese surrealismo, ese realismo mágico, con que algunas abuelas o abuelos convocan al pasado? Contar esas historias sobrenaturales con total normalidad, filtrándose en la biografía de nuestros queridos viejos alguna que otra historia de aparecidos, historias de amores y desamores a causa de brujerías con batracios, lloronas, lobizones, pomberos y vecinos que además de atender un almacén son expertos sanadores de culebrillas y empachos.

“Lo único que falta ahora es que la novela sea mala”

Según ese longevo señor llamado RAE y que vive en lo alto de una oscura torre en algún lugar de la España monárquica, la palabra “amistad” significa: “*Afecto personal, puro y desinteresado, compartido con otra persona, que nace y se fortalece con el trato*”.



Gabo en la redacción de Prensa Latina.

Si hablamos de amistad entonces no podemos olvidarnos de Mercedes Raquel Barcha Pardo, la compañera de vida que tuvo Gabo, sobreviviente tanto en las malas y las penurias como (a veces aun más difícil) en las buenas y el éxito.

Gabriel García Márquez la conoció cuando ella tenía 9 años. Según ella misma cuenta, le estuvo proponiendo matrimonio desde que cumplió 13 años y cuando tuvo 26 (y él 31) finalmente se casaron. En 1965 tras el nacimiento de su segundo hijo, sumado a no tener un empleo remunerado las deudas de la familia aumentaron . “*Gabriel está escribiendo un libro, cuando termine, seguramente les podrá pagar*”. Esta frase, según documentó el comunicador Héctor Feliciano en el libro *Gabriel García periodista*, daba paz a los comerciantes, pues creían en la palabra de la esposa de Gabo, quien, además de apoyar al escritor en todo momento, se encargaba de organizar las finanzas. Juntos superaron las precariedades del retiro literario y forzoso que asoló al escritor después de abandonar Prensa Latina en Estados Unidos. Gabo le confesó a su amigo Plinio Apuleyo en una de las conversaciones íntimas que darían forma a *El olor de la guayaba*: “Cuando el dinero se acabó, ella no me dijo nada. Mercedes logró, no sé cómo, que el carnicero le fiara la carne; el panadero, el pan; y que el dueño del apartamento nos esperara nueve meses para pagarle el alquiler. Tú ya sabes la cantidad de locuras que ella me ha aguantado”.

En septiembre de 1966, después de 18 meses trabajando en *Cien años de soledad*, fue a la oficina de correos más cercana de su casa para en-

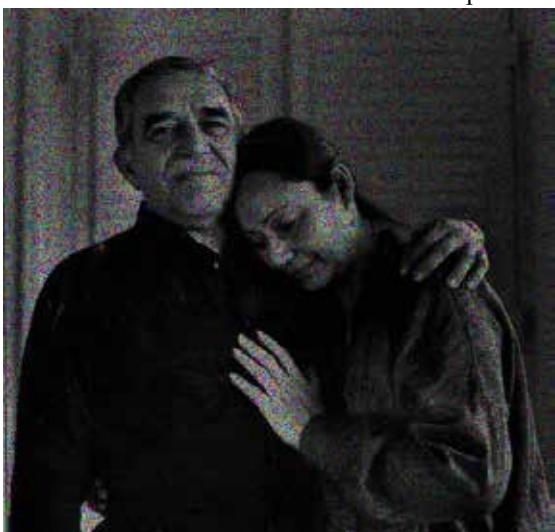
viar a Buenos Aires el voluminoso manuscrito de casi 500 páginas. Una vez ahí, él y su esposa descubrieron que sólo tenían dinero para enviar la mitad. Recortaron los billetes y las monedas, volvieron a pesar el paquete, pagaron. Y solo se envió la mitad. Regresaron a su casa, empeñaron los únicos electrodomésticos que les quedaban y volvieron a enviar el resto. Al salir de nuevo -según recordaría múltiples veces Gabo- Mercedes descargaría en una frase todo el peso que llevaba 18 meses acumulándose en su corazón: -*Lo único que falta ahora es que la novela sea mala*.

Afortunadamente, *Cien años de soledad* se publicó en 1967, por primera vez en Buenos Aires, con un total de ocho mil ejemplares en la editorial Sudamericana y su gran éxito hizo que las deudas de la familia se disolvieran.

Max Brod y Jorge Gaitán Durán

Max Brod fue el traidor amigo a quien Kafka le ordenó quemar sus escritos (y por fortuna no lo hizo). No nos olvidemos del poeta Jorge Gaitán Durán, ese amigo traidor de Márquez al que le debemos el maravilloso cuento “Isabel viendo llover en Macondo”. Durán lo rescató del cesto de basura; era un descarte, una parte innecesaria, un arrepentimiento que seguramente Gabo no quiso incluir en *Cien años de soledad*. Pero que es sin duda uno de sus grandes relatos sobre ese mítico pueblo.

Y así hablamos un poco de amigos... porque para Márquez eran muy importantes los amigos, así lo dejó por escrito cuando describió su propia muerte en el prólogo de *Doce cuentos peregrinos*: «Soñé que asistía a mi propio entierro, a pie, caminando entre un grupo de amigos vestidos de luto solemne, pero con un ánimo de fiesta. Todos parecíamos dichosos de estar juntos. Y yo más que nadie, por aquella grata oportunidad que me daba la muerte para estar con mis amigos de América Latina, los más antiguos, los más queridos, los que no veía desde hacía más tiempo. Al final de la ceremonia, cuando empezaron a irse, yo intenté acompañarlos, pero uno de ellos me hizo ver con una severidad terminante que para mí se había acabado la fiesta. “Eres el único que no puede irse” me dijo. Sólo entonces comprendí que morir es no estar nunca más con los amigos». □





Rebeca Osorio

Por M. M. Álvarez

Ilustrado por M. M. Álvarez

El sueño solía aumentar de velocidad al acercarse a esos lugares tan comunes para el resto pero tan significativos para ella, como alguien que recién aprende a conducir y no tiene noción de cómo se mantiene la marcha. Estas aceleradas raramente se veían interrumpidas, concluían mayormente en la puerta de su propia casa, donde su marido la esperaba con los brazos abiertos como si ella volviese de un largo, largo viaje. Últimamente, haciendo su habitual recorrido por el pueblo, el final ya no era en la entrada de la casa sino al frente de un negocio algo decadente, de ladrillos desnudos, provisto de un toldo mugriento a rayas rojas y blancas, y una vidriera repleta de moho. En aquella localidad era único en su especie, pero durmiendo jamás se daba cuenta del porqué y al despertar todo era un enigma.

Afuera del negocio solía haber una mujer, que aunque se hallara sentada en el cordón de la vereda, podía discernirse su gran estatura. Las huesudas rodillas sobrepasaban la línea del mentón. Tenía puesto un sencillo vestido de verano que se adaptaba estupendamente a su cuerpo. Alegre y colorido, con una lluvia de margaritas desperdigándose sobre un solemne fondo amarillo, donde parecía que uno podía hundir la mano y arrancarlas de cuajo. Con la cabeza gacha no paraba de alisarse el pelo: una abundante cascada azabache que se discurría por su rostro en delgadas líneas negras.

El alisado era nuevo.

¿Esa información la retenía aun después de despertarse o era el dato por excelencia, aquel por el cual el sueño era un sueño?

Había creado una hipótesis acerca de lo que podría significar la mujer sentada al frente del negocio del toldo a rayas, y sucumbiría ante la primera oportunidad de comprobarla. Pero estaba ese muro. El muro que la apartaba de todo. El muro que a veces se corría como un péndulo, dejando al descubierto un atisbo de lo que había detrás.

—Quiero que comience de nuevo, Sra. Beaucoup —dijo el oficial del otro lado de la mesa. La sala de interrogatorios era lúgubre y fría. En un rincón, cerca del techo, una sombra rectangular y unos cuantos cables salidos, recordaban una vieja instalación de aire acondicionado—. Porque hay cosas que no concuerdan. Según el último censo

no hay registro de una mujer viviendo de este lado del valle con el nombre de Rebeca Osorio. Tampoco de esa peluquería. ¿Cómo había dicho que se llamaba? —El policía revisó su libreta espiralada una y otra vez. Pero no halló lo que buscaba.

—*Mil maneras de verse bien* —respondió cortante la Sra. Beaucoup. Con los brazos cruzados, observando impertérrita el vaso con agua que le habían acercado minutos después de haber ingresado—. ¿Y cómo es eso de que no existe?— Parecía una niña a la que habían retado severamente por decir mentiras. —Yo la ví. ¡Yo entré! ¡Este corte me lo hice ahí! ¡Todavía huele al jodido fijador que me pusieron! —Alzó los ojos al oficial: era bajo con una barriga incipiente y una aureola en la coronilla donde ya no crecería el pelo. —No puede decirme que no existe. Sencillamente, no puedes.

—Está bien, cálmese. Vuelva a repetirme. ¿Hace cuánto reside en este pueblo, Sra. Beaucoup?

“Alegre y colorido, con una lluvia de margaritas desperdigándose sobre un solemne fondo amarillo, donde parecía que uno podía hundir la mano y arrancarlas de cuajo. Con la cabeza gacha no paraba de alisarse el pelo: una abundante cascada azabache que se discurría por su rostro en delgadas líneas negras.”

—Se lo dije, año y medio.

—Por lo tanto no es oriunda del valle. Está bien, ¿el motivo de su mudanza fue... —Regresó a las notas de su libreta, todavía con el escepticismo propio de aquel habitante conservador que instantáneamente rechaza cualquier signo de foraneidad. Le costaba quitarse la coraza y admitir los rasgos de una persona ajena al valle. Su valle, aquel que las montañas que lo rodeaban, en conjunto se equiparaban a un cinturón de nódulos forrados de vegetación; aquel que con un arroyo fluyendo pacíficamente por su caudal, arremolinando en las rocosas esquinas trozos de tallos, madera y musgo, era un asequible lienzo de Renoir; aquel que en la primera desviación de la ruta alargaba un intrincado camino de tierra que llevaría a todos los que encendieran la luz de giro, directamente al núcleo luminoso. Y un dato más de color: si en el cielo comenzaba a notarse cierta presencia del crepúsculo, había que volver rápido y hacer la cena: los habitantes del valle acostumbraban a cenar bastante temprano, porque en ello había complacencia, una pura y apacible sincronía, y ciertos individuos jamás lograrían comprenderlo.

—La mudanza. ¿Qué tiene eso de importancia?

—Comprenda que necesito...

—¡A mi marido le faltan pedazos de su cuerpo y usted sigue con esas preguntas de por qué me mudé a este pueblo!! —gritó furiosamente, adelantando la silla con el envión de sus pies—. Bueno, mire, pensábamos que aquí nos iba a aguardar la tranquilidad, la dicha. Yo había perdido mi empleo en el restaurante y Pablo estaba en medio de un juicio. Hasta entonces trabajaba en un aserradero como operario cuando tuvo ese desagradable accidente con la cinta transportadora. Gracias a nuestro abogado, ganamos y nos hicimos con medio millón de pesos. Pablo, aun con una mano triturada por la fuerza de aquella máquina, no perdía la esperanza de seguir adelante. Teníamos plata, sí, pero lo que no podíamos encontrar era...

—La dicha —concluyó el oficial.

En su trabajo lograba conocer mucho a las personas que, pendiendo de un hilo, sazonaban con toda clase de idioteces su vocabulario. Casi siempre debido al nerviosismo y acompañado tal vez de un ligero tartamudeo. Con la señora Beaucoup pasaba exactamente lo mismo. Le gustaba

esa palabra: Dicha. Era su palabra en aquel momento, su estandarte, y hasta que no saliera a la calle, convencida de haber recuperado su amenazada libertad podría llegar a decirla muchas veces más.

—Entiendo. ¿Y cómo llegaron aquí? —Haciendo ademán de escribir en su libreta prefirió escuchar. Era normal que oyendo dos veces la misma historia algunos detalles tendieran a contradecirse.

—¡Esa mujer no era una mujer! ¡Me entiende, pedazo de inútil? —Se tapó la boca con ambas manos. Sabía que cada falla en su comportamiento podría ser un boleto a la cárcel—. Perdón, oficial, es que... —El policía no emitió sonido alguno, en su lugar sostuvo una mirada de indulgencia—. Es que usted me dice que la peluquería no existe, y peor, que la puta demoníaca tampoco.

—¿Con puta demoníaca se refiere a Rebeca Osorio no es así? —dijo apoyando la libreta y la lapicera sobre la mesa, harto del laberinto donde lo habían metido.

—¡Claro que sí! ¡Esa inmunda! Pero no entiendo. Yo fui buena con ella. Yo (*recordó una parte fundamental del sueño*) yo le pagué para que se hiciese (*la mujer alta sentada sobre el cordón, vestida con aquellas margaritas que casi podían tocarse, estaba feliz, feliz porque...*) para que se hiciese ese jodido alisado. Era una mujer de la calle, una vagabunda que no me hubiese sorprendido que se pasara el resto del día juntando cartón y botellas. Cuando la conocí caminaba descalza. Usted sabe el frío que hace por estos lados en julio. Y aquella vez muchos chicos estaban afuera, abrigados, jugando a saltar y atrapar el agua nieve.

Y es que sin duda habría sido así: la luz moribunda del ocaso filtrándose a través de las ramas de los árboles como finas tiras intermitentes; el aguanieve empapando las calles del pueblo y las campanadas de la iglesia aledaña dando las siete y media en un rimbombante concierto de notas huecas, perdiéndose en el aire invernal. En todo aquello también había complacencia.

—Señora Beaucoup, ¿está al tanto o recuerda que fue usted quien se dispuso a hablar de este crimen? ¿Un crimen que por lo que veo no tiene víctima ni perpetrador? En todo caso, ¿dónde está su marido?

—Yo ... no me acuerdo. —La cabeza le daba

vueltas como cuando antaño jugaba con sus amigas a marearse apoyando la frente en el palo de una escoba. Un pitido ensordecedor le atinaba justo en la sien, como si un delgado cincel se abriese camino a fuerza de martillazos—. No sé de qué me está hablando, oficial. Yo ... —Y antes de que ella pudiera continuar un tercero irrumpió en la escena abriendo la puerta de par en par.

—¿La señora ya contactó a su abogado, oficial López? —dijo el sujeto. Vestía una camisa a cuadros con un chaleco antibalas por encima.

—No, pero en cualquier momento... —No sabía qué entonación poner a sus palabras. ¿Aquel tipo tenía la autoridad suficiente para irrumpir en su trabajo sin antes anunciarlo como era debido?

—Bien. Usted y su compañero de afuera son los únicos que encontré en esta comisaría en el culo del mundo. ¿Dónde están los demás?

—Hay una unidad que viajó hasta el límite de la localidad por un accidente de tránsito. Los choferes no tuvieron otra cosa que hacer que empezar a golpearse luego de bajar de sus respectivos vehículos. ¿Puedo preguntar quién es, Sr...

—No, no puede. —Y en un tono más bajo, agregó—. Al menos no en frente de esta mujer. Venga afuera un rato, oficial López.

El policía se levantó de su asiento con el ceño fruncido. Echó una última mirada a la Sra. Beau-coup y dijo —Ya estoy con usted.— Miró al recién llegado postrado en el umbral como una estatua maciza y salió al pasillo cerrando la puerta tras de sí.

—Venga. Hay algo que tiene que ver.

—Primero dígame quién es si no no doy un paso más!

—Soy de la Policía Federal. Caminemos.

El corpulento hombre del chaleco, deteniéndose al frente de una máquina expendedora de gaseosas, le tendió un abultado sobre de papel color madera. El oficial López lo abrió y dentro encontró un birrete considerable de fotografías. La primera del montón daba a entender la naturaleza de las siguientes. En ella se mostraba el cuerpo en descomposición de un sujeto de mediana edad con un brazo oculto en su espalda y el otro apelmazado y destrozado por alguna especie de



Ventas por mayor y menor en artículos
de mercería, lencería, lanas, telas,
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

info@distribuidorapareta.com.ar

www.distribuidorapareta.com.ar

objeto cortante. Varios dedos habían sido separados por profundos tajos dándole el aspecto que tienen las patas de los anfibios. Al parecer por querer cubrirse de su atacante. El susodicho objeto cortante, por lo que se descubrió más tarde, era el mismo que sobresalía de la oreja de la víctima. Un enorme cuchillo de carnicero, que en su camino a incrustarse en el cráneo había abierto un tajo formidable, troceando parte de la mejilla, que caía a un lado de la cara como un gordo apéndice ensangrentado. En la zona pélvica había un gran círculo oscuro. El pantalón se hallaba rasgado por múltiples mordeduras. El miembro del occiso fue encontrado a unos tres metros de distancia. *Arrancado por una mandíbula poderosa.*

Deabajo del hombre se podía ver claramente el suelo plagado de margaritas, margaritas blancas y amarillas, esparcidas y contrastando con la figura chocante del cadáver.

Las fotografías siguientes eran del mismo sujeto pero de distintos ángulos. Las peores eran sin duda las que habían sido acercadas, demostrando la gravedad de las heridas.

Luego estaban las de la mujer. Una que en sus años mozos habría mostrado una tez lechosa y el cabello tan rubio como el maíz estacionado. Fueron cuarenta y cuatro puñaladas en el vientre las que cegaron la existencia de la muchacha, aunque también la de su bebé. Llevaba tres meses de embarazo.

El oficial López miraba lo que tenía en frente pero no podía concretar el motivo por el cual se las estuvieran mostrando.

—Ese era su cónyuge —dijo el federal leyéndole las facciones—. Y esa su amante. —Sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente. Aun con el frío el sudor le relucía en diminutas perlas transparentes—. O por lo menos tenemos razones para creer que a la que usted retiene ahí dentro es la causante de todo esto. Seguimos su rastro desde Buenos Aires donde parece que inició un viaje hasta aquí con algunos intervalos de dudosa lucidez, hablando con personas y hasta con la policía. Yo creo que una parte de ella, muy por dentro, quería que la encontráramos.

López, estupefacto, se dio cuenta de algo. Muy a último momento y porque en realidad casi nunca lo hacía con aquellos patéticos rufianes de su pueblo: no había esposado a la mujer.

“Fueron cuarenta y cuatro puñaladas en el vientre las que cegaron la existencia de la muchacha, aunque también la de su bebé.”

—Lo único que hizo hasta ahora fue tratar de morderse la cola, como un perro sabe. Un testimonio absurdo.

Y entonces, para calmar su repentino ataque de negligencia, se calmó pensando que ella misma se había entregado. Ella fue la que quiso hablar. ¿Pero por qué? Nada de lo que había dicho hasta entonces tenía sentido. Al parecer no existía ninguna Rebeca Osorio.

Regresaron a la sala de interrogatorios y lo que hallaron fue a dos guardias, sujetando a la Sra. Beaucoup. Esta luchaba por librarse de sus captores pero la fuerza que ejercían sobre sus brazos era demasiada. Su piel comenzaba a amoratarse. Gritaba con los ojos hundidos en sus cuencas. Alisándose, cuanto los guardias la dejaban, el pelo con una mano frenética. Ya no era la señora que otrora había estado en la sala de interrogatorios. Era otra cosa diferente. Se había endurecido, al igual que su voz.

—Podía sentir su influencia sobre mí. Oh sí. Se me era interpretado todo tan claramente. Podía oír su llamado susurrante, camuflado, todo vendaval: Están ahí abajo. Los estoy apuntando. Bajé las escaleras de nuestra casa y caminé descalza por el monte hasta salir a ese tramo que de día es un verdadero edén, pero que bajo la lupa de aquel satélite nauseabundo se convierte en un páramo fangoso y nocivo. A medida que me acercaba, las margaritas desaparecían y quedaba la negrura de la noche reflejada bajo mis pies. Y allí, bañado por un halo de luz trémula, estaba él, aguardándome. Él, a quien todo le debo, con los brazos abiertos a su iglesia, blandiendo la hoja brillante con el ímpetu de un artista. A sus pies, culpables, yacían los fornicadores. FOR-NI-CA-DO-RES. Y entre los helechos, oh sí, muy, pero muy escondidos, nuestros hermanos plumíferos se acicalaban los cuernos. Crrrt, hacían, crrrt. Y noté que mis dientes, sanos estimaba, se rompián en mi boca. □



Compañeros de banco

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Anahí la Rocca

Toda mi infancia en la escuela primaria estuvo teñida por una presencia encantadora en apariencia, pero competitiva y maléfica en cuanto a sentimientos y sinsabores, en un período de la vida en que uno moldea su condición social y la relación con sus pares.

Pablito fue mi compañero de banco desde el primer día de clases, incluso llegué a considerarlo mi mejor amigo, compartimos juegos en horario extraescolar, éramos inseparables en nuestra tierna niñez, cuando se afianzan las reglas y conductas que nos regirán de mayores. Mis diferencias comenzaron cuando a Pablo le faltó una goma y una regla de su cartuchera al volver de un recreo, y no tuvo mejor reacción que acusarme de habérsela robado. Al final del día nos revisaron las mochilas y para sorpresa de todos, las pertenencias de mi compañerito estaban en el portafolios de Laura, la chica de la cual estábamos enamorados los dos.

Me pidió disculpas, pero nuestro trato ya no fue el mismo. En la clase de gimnasia, Rafael y Pablo en el piso pisuela debían elegir jugadores para su equipo de fútbol. No sólo no fui seleccionado por mi supuesto amigo, sino que quedé para el final y fui tenido en cuenta por descarte por Rafa.

La gota que colmó el vaso fue la fiesta en relación al acto del Día de la Bandera, yo venía ensayando para interpretar a Belgrano y por intervención de su padre ante el director una semana antes, no sólo Pablo me reemplazó en el rol del creador de nuestra enseña patria, sino que había sido asignado abanderado y él segunda escolta, y sin explicaciones, ante la humillación del ensayo general en el salón de actos, un día antes de la ceremonia anuncian a Pablo Ledesma como abanderado, a mí, Javier Porta, como primera escolta y a Laura Sánchez, como segunda escolta. Por suerte, para mí incómoda ya quebrantada relación o enfrentamiento con mi excompañero, sus padres consiguieron un trabajo en Bs. As. y se mudaron a "la Reina del Plata" una semana antes del comienzo de 4º grado.

Desde esa remota etapa de nuestra infancia, no supe más de él, hasta la semana pasada. Cumpliendo funciones de periodista en el canal 2, el más importante de nuestra comuna, me envían a hacerle una nota al candidato a intendente, que no vive en la ciudad, pero que vuelve a su terruño para salvarnos del atraso en el que nos encontrá-

mos sumergidos, con aires de cambio e ideas renovadoras.

Cuando fui a entrevistarlo, mi mayor sorpresa no fue descubrir a Pablo, con otro nombre y un look canchero y sobrador, más letal fue la novedad que me dejó helado, fue verlo junto a Laura, la compañerita que nos disputábamos en nuestra más tierna edad, convertida en su esposa, ella lucía más hermosa que en mis mejores recuerdos y su postulación con altas chances de ganar, no hicieron más que reavivar mi desprecio y sed de venganza hacia estos dos impostores que me robaron parte de mi infancia, y ahora volvían impunemente para reírse en mi cara.

El cierre de campaña se haría en la plaza central, justo el día del periodista, no tuvo piedad para refregarme su éxito, justo en ese día tan especial para mí, tenía que volver para lucirse triunfal y exponerme otra vez ante todos como un fracasado, un triste notero de pueblo, marcando que yo me quedé siendo protagonista de un destino gris y rutinario en la tierra que nos vio crecer, y él se fue para volver un día lleno de gloria a salvarnos y modificar nuestro destino como un mesías moderno.

Mi plan era perfecto, en el cierre del acto, inaugurarían el monumento dedicado a Mariano Moreno. Arreglé con unos pesos a los albañiles, con la excusa de una sorpresa para la transmisión en vivo y me refugí dentro de la estatua del prócer, desde la noche previa con arsenal para matarlos a los dos delante de todos y después suicidarme como acto heroico en función periodística, salvando a la comunidad de estos dos canallas, dos lobos encubiertos, que retornaban con dudosas intenciones.

Todo venía sobre rieles, pero algo falló, desde mi escondite alcancé a oír el discurso fallido cargado de falsas promesas y muy edulcorado de mi excómplice de aventuras infantiles. Y justo en el preciso momento que van a descubrir el busto de Moreno, percibí que no podía moverme, quedé mimetizado con la escultura. Y para colmo de males, siendo hincha de boca, Pablito anunció que el busto de Mariano Moreno totalmente blanco, sería decorado con una banda roja, en recuerdo por los mártires de la independencia.

Y para rematarla anunció que cuando sea el intendente, su morada en el pueblo reflatando su pasado escolar y volviendo a sus raíces, sería la casa de los padres de su fiel compañero de banco. □

Perpetuos

Por Celeste Silvero

Ilustrado por Anahí la Rocca

Era una noche como cualquiera de invierno. Ella permanecía inmóvil, sentada y cruzada de piernas en la cama, con una mano en su rostro y la mirada concentrada en un punto fijo. Solía ser compañía silenciosa para él quien, a su derecha en la misma punta de la cama, se mantenía hundido en las teclas de la computadora, camino a otro desvelo por esa historia de amores que lo atormentaba no poder terminar. Escribir era una pasión desbordada por el tiempo y el espacio, que ocupaba notablemente la mayoría de sus pensamientos. Su necesidad de exprimir cada una de sus ideas y plasmarlas gota a gota en palabras lo hacían hombre íntegro de la literatura. Ella solía escribir con amor para él, o para ella misma. La conformaban sus prosas románticas o la humilde sutileza de sus poesías, aunque sus pensamientos eran ocupados por la comida del día o los gritos de los niños.

La monotonía podía derivar en cansancios crónicos y en discursos automáticos pero eran salvados por los trazos finos de la inventiva, un poco de amor, un poco de vida.

—¿Quieres café? —preguntó ella, sin cambiar su neutral semblante.

—Gracias, amor, sabes que no bebo café mientras escribo.

De pronto un silencio permaneció. Los años le pesaban en las manos, dejó de tippear, volteó la mirada hacia ella y consultó:

—¿Me amas?

Sorprendida se incorporó en el momento.

—Sí, claro.

No contento, replanteó:

—No pregunto en lo común de amarnos, sino en si aún me amas en forma profunda.

Sonrió por sus peculiares ademanes al hablar, cargó de aire y razones sus pulmones.



—Te amo, cuando siento que para iluminar un espacio solo basta tu sonrisa, cuando camino en soledad y quisiera ir de tu mano con la brisa acariciando mi cara. Te amo en tu falta de palabras y tu abundancia de cariños. Amo tu ceño fruncido y la entereza de tu mirada cuando hablas de lo que te apasiona. Sí, aún te amo intensamente y con el tiempo infinitamente.

Él tomó su mano con fuerza, satisfecho de lo ocurrido cerró la computadora y se dedicó a mirarla sin pronunciar palabra. Se posó en sus ojos y pensó en el cliché de ver el azul del cielo. Recordó sus sueños acunados por los latidos en su pecho, la inevitable forma en que se hunden sus costillas cuando respira, tan profundo como derrapar en la curvatura de sus caderas.

Se perdió en cada rincón de su figura y regresó para grabar cada detalle en su memoria, quedarse en la textura de su mejilla, rozar la nariz en su pelo y demostrarle así finalmente que todo era recíproco.

Ella suspiró y parpadeó lentamente, guardando en sus pupilas ese lapso de tiempo. Levantó la mirada.

—¿Quieres café?

—Gracias, amor, sabes que no bebo café mientras escribo. □

El fin

Por Estefanía Brandán

Prendió un cigarrillo y se frotó las manos, se rascó con fuerza el dedo pulgar justo en el medio. El humo se consumía y seguía sin poder hacerlo. Prefería mover el pie antes. No podía, no quería tampoco. Los ojos se detenían en cosas que no eran interesantes, cosas que no le llamaban la atención, aun así seguía mirándolas. Esquivaba con altruismo las hojas. Les temía, temía de las palabras, de lo que ellas pudieran revelar, asentar.

Por un momento se le cruzó la idea de mandar todo al carajo, si total para qué, pero volvió a recordar las primeras veces que lo había sentido, que lo había querido. Antes había sido el escape perfecto y ahora no podía.

“Se pasaba las manos por el pelo para ponerlo detrás de las orejas, luego se tocaba la nuca, sudada, y sentía vergüenza. Miraba al techo y todo era gris, humo, olor a café barato y a viejos tomando whisky.”



ZENTUX

SERVICIOS INFORMATICOS

SOFTWARE DE GESTIÓN

INSTALACIÓN DE ALARMAS

DISEÑO Y DESARROLLO WEB

INSTALACIÓN DE REDES Y SERVIDORES

INSTALACIÓN DE CÁMARAS DE SEGURIDAD

PEDÍ TU PRESUPUESTO SIN COMPROMISO AL



11-6630-2575

Había demasiado.

Un hombre la miraba con paciencia. Ella, cada tanto, le devolvía una sonrisa por compromiso, como agradecimiento por haberla notado. Estaba sentada en su lugar preferido, testigo de risas y tormentas anteriores, de compañía y madrugada. Tenía la mente en blanco de a ratos y después se acercaba la desmesurada información.

Se pasaba las manos por el pelo para ponerlo detrás de las orejas, luego se tocaba la nuca, sudada, y sentía vergüenza. Miraba al techo y todo era gris, humo, olor a café barato y a viejos tomando whisky.

Respiró profundo y apoyó los dedos en el teclado. Temblaba. El hombre que antes la miraba con paciencia ahora lo hacía con desdén. Eso la incomodó más, hasta que alguien de un asiento cercano se levantó de su lugar, caminó hacia ella y le susurró algo al oído. No sintió temor ni alegría. No sentía nada, en realidad, simplemente la necesidad de usar los caracteres indispensables para comenzar y culminar también.

—Sí, un cortado más, por favor. No, sin azúcar.

Prendió otro cigarrillo y ahí fue cuando lo notó: las hojas que estaban en blanco ahora reflejaban una palabra imponente y terrible.

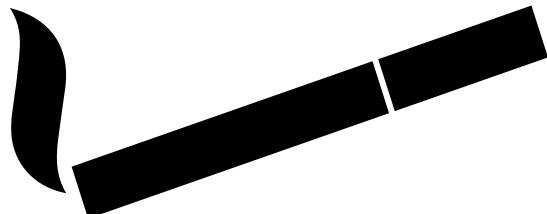
Pero... ¿Cómo?, ¿quién?, ¿cómo? ...

No podía volver a leerla pero había quedado grabada en su mente.

No había sido escrita por ella, por lo menos no lo recordaba y ahora entendía por qué hacía tanto tiempo que no se atrevía a escribir.

De tanto usar las letras para un beneficio propio, ahora éstas se vengaban (como en anteriores veces) y escribían por ella.

Guadalupe leyó por última vez lo escrito: EL FIN. □



ESTUDIO



Diez

arquitectura ■

- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com

1951

Por Diego Rojas

Ilustrado por Anahí la Rocca

Dorothy llevaba horas mirando por la pequeña ventana de la cocina, sus ojos volaban millones de kilómetros y se depositaban firmemente en la luna. Josep que desempolvaba los cuadros de las paredes, con un plumero, la observaba detenidamente. Parecía viajar, como si dejara la vieja tierra y se embarcara en una odisea en los cohetes que a unos veinte kilómetros de su humilde casa despegaban todos los días. Él conocía muy bien a su mujer, sabía que algo la estaba incomodando, no había pasado diez años de su vida junto a ella estudiando cada uno de sus detalles en vano:

Tenía caras para cuando estaba de buenos humores y otras tantas para cuando las cosas no marchaban del todo bien, era una amalgama de sentimientos distribuidos en una exacta paleta de colores que pintaron a través de los años el camino correcto hacia ella. Sin embargo había

una actitud que por más que fuese identificada nunca pudo ser resuelta por Josep: La duda.

Y ahí estaba Dorothy, dudando contra la ventana, espaciosa e ida, suspirando de a montones, como queriendo exhalar sus preocupaciones y disipar así esas inquietudes que se vestían de dudas ansiosas para confirmar lo que Josep arremetería en un solo intento por descifrar lo que acontecía dentro de su mujer.

¿Qué sucede, querida? —la indagó el hombre.

—Nada, no es nada...

De cuando en cuando Josep solía abrazar a su esposa por la espalda, besar su cuello y las risas brotaban de ella como los cohetes brotaban un par de kilómetros de su humilde casa. Pero presintió que por más abrazos y besos que asistiesen en ese momento las oscilas de su mujer no iban evaportarse. □

IMAGEN actual

Peluquería unisex



Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059







Torcido

Por Sergio Ortiz

Ilustrado por Mauro de Giuseppe

Píense de la arboleda simétrica el tronco mal hecho y torcido; recién ahí podrá entender el porqué de mi tormento. Yo, que del cardumen siempre he sido el pez aletargado, me encuentro ahora en la cumbre del sufrimiento. Realmente sé muy poco sobre zoología y botánica, sin embargo, hasta el menos iluminado comprende que la existencia del cardumen se debe a una necesidad de ataque y defensa. El surgimiento de la arboleda se da, en todo caso, en una relación de causa y efecto, de modo que una raíz nace donde ha muerto un fruto.

Vea que mi malaria comienza tempranamente,

tanto que mi propio nacimiento ha dado resultados adversos. Le explico: mi madre se enamoró de un hombre. Luego, cayó ella en el error en que caen muchas mujeres, su joven e inocente enamoramiento la cegó y vio en aquel desconocido todas las cualidades que se les pueda atribuir a una persona. Lógicamente, cuando, entre lágrimas de emoción, le comunicó la noticia, el aterrado adolescente huyó. Cuando me contó esta historia imaginé a un hombre sin rostro ni voz. Tras mi nacimiento ella se encerró en sí misma y vio en todos los hombres, incluyéndome, algo de maldad y traición.

Entenderá que mi infancia fue terriblemente dura, no solo por la culpa que mi madre solidificó en mí a través de su mirada, sino también por la ausencia de amistades. Y aunque esos primeros años hayan sido amargos, debo admitir que fue aquel el tiempo en que más me acerqué a la frontera de eso que todos llaman “felicidad”.

Para la adolescencia ya era un sujeto silencioso y solitario. Sufrí tanto la rutinaria y sinsabor vida escolar... Ese fue el tiempo en que comenzaron a cambiar las cosas. Desde luego, de ese cambio, y de todos los subsiguientes, yo me enteraría tarde. Alguien –nunca se supo quién– comenzó a decir que el día era incómodo, que sería mejor hacer las cosas a la noche. Al poco tiempo aquél se convirtió en un tipo de eslogan que se escuchaba en cada rincón. Estoy seguro que muchos lo repetían solo para pertenecer, porque realmente era una propuesta ridícula.

En fin, se hizo tanto escándalo que terminó en aceptación general y por consiguiente se impuso como ley. De todo esto, como dije, me enteraría realmente tarde. Fue una mañana de julio de 2063. Caminaba, como todos los días, hacia la escuela.

Me extrañó ver la ciudad desierta. Pensé en una invasión, en el día del juicio, hasta se me ocurrió que podría estar soñando. Comprendí que estaba despierto cuando un policía me gritó:

—Muchacho, ¿qué hace? No es hora de andar en la calle.

El hombre me explicó todo con fastidio y sorpresa, y cada diez palabras me preguntaba: “¿Cómo es posible que no sepa?”

Pasaron algunos años y nos adecuamos al cambio. Entenderá que la empresa de electricidad recauda millones desde entonces.

Bien, a partir de esa vez quise dejar de lado mi soledad y pertenecer, o al menos enterarme. El segundo cambio fue cultural. Personalmente pienso que todo el siglo XXI fue de una oscuridad total en este aspecto, sin embargo, la historia ha dado tantos artistas notables que la pobreza de nuestra generación resultó menos traumática. Como dije, hasta ese momento uno leía algo de Cortázar o Borges y se le entendía, pero a partir del segundo cambio aquellos nombres fueron sinónimos de malas palabras; la gente ponía cara de asco cuando los escuchaba.

Una vez alguien dijo que Rinelli es el iluminado de nuestro tiempo, y que todo lo demás debería

dejar de considerarse arte. Fue esta una frase aislada, seguramente de algún borracho, que se instaló en todos los rincones de la sociedad. Todos hablaban con admiración sobre el talento de este hombre. Yo estaba tan cansado de la soledad que lo terminé aceptando. Rinelli repetía cada día el mismo show: comenzaba tirando un puñado de caramelos al suelo, seguido a esto, abría una jaula inmensa de la que salían varios monos. Estos se peleaban ferozmente por el dulce. En eso consistía la primera parte; en la segunda, Rinelli soltaba algunas mujeres y con unas tijeras cortaba sus ropas hasta dejarlas desnudas. Jamás entendí el espectáculo, pero cuando alguien me hablaba de él yo sonreía mecánicamente mostrando aprobación y conciliáculo.

Rinelli aceptó, naturalmente, el papel de artista, y su primera medida fue solicitarle a sus admiradores que a prueba de fe quemaran todo lo relacionado al “falso arte”. La gente aceptó y era común ver montañas de libros en llamas.

“Una vez alguien dijo que Rinelli es el iluminado de nuestro tiempo, y que todo lo demás debería dejar de considerarse arte. Fue esta una frase aislada, seguramente de algún borracho, que se instaló en todos los rincones de la sociedad.”

Pasaron los años y la sociedad se volvió monótona, todos hablaban sobre desnudos y chismes. Recuerdo la noche –ex día– en que Rinelli dio un sentido mensaje a sus tan amados y subordinados televidentes. Nos aconsejaba que debíamos votar a un tal Marci para presidente porque era asquerosamente rico, y por consiguiente no nos robaría:

¿Para qué necesitaría tanta plata? Finalmente Marci ganó las elecciones del '75.

Rápidamente, en 2080, sufrimos la gran depresión. La gente moría de hambre y de frío. Todo lo que da forma a un país (educación, economía, salud, etc.) estaba en crisis. Si bien a Marci lo caracterizaba la torpeza y lentitud del pensamiento, aquella vez reaccionó a la velocidad de la luz y comunicó a la sociedad que la crisis se debía al exceso de población, es decir que la única manera de superarla era a través de una SELECCIÓN.

Esta selección consistía en eliminar el excedente de población. Aquellos, preferiblemente los marginados, que representen una carga para el Es-

tado deberán tomar la decisión de suicidarse. Recuerdo que Estados Unidos se solidarizó dándonos armas.

Como antes, la gente aceptó con gusto esta solicitud y accedió a la muerte por mano propia. No obstante, fue tan mal organizado que el número de voluntarios resultó excesivo. Las personas aparecían colgadas, ahogadas, pero en sus rostros pálidos aún perduraba la sonrisa de obediencia.

Yo no pude hacerlo. Como vos llevo la letra escarlata, que es la "C" de cobardía o la "T" de torcimiento. Un cuarto cambio vendrá y quizás ahí pueda enderezarme. □

Surreal

Por Paula Aros

La miraba desde una distancia prudente. El libro entre sus manos era solo una excusa. Ella le sonreía cual quinceañera al apuesto hombre que la sostenía de la cintura mientras, apoyado en la barra, pedía otra botella de vino. Al carajo con Sartre, que en todo caso era solo una ironía. Jamás había amado a una mujer, jamás volvió a hacerlo, pero recordaba su rostro, fiel como una vieja película que había visto o vivido, ese perfil sutil y frágil que otras veces supo acariciar. Recordaba cómo en las noches de frío y con Edith Piaf de fondo, se acurrucaban mientras sus cuerpos ansiosos uno del otro se arrimaban buscando calor. Primero tímido, como el sigilo de un felino, se escudriñaban mutuamente como queriendo hablar con los ojos, pero los ojos no hablan... ¿O sí? Sí. Se decían de todo pero siempre en silencio, totalmente conscientes de cómo acabaría y aún así se dejaban llevar por el deseo. Las manos ansiosas pero prudentes avanzaban sutiles como dando suaves pasos en la oscuridad, temerosos pero no cobardes, queriendo conocer lo desconocido, conquistar nuevas tierras aún no exploradas, y subían y bajaban, suaves como hojas en el viento, pero lento, siempre lento, porque había que retener cada imagen, sentir cada paso dado. Y no había mayor placer que deslizar los suaves dedos por cada curvatura o hendidura encontrada. Norte,

Sur, Este, Oeste. Cielo e infierno. Y el aroma a piel se metía profundo en las narices y embriagaba aún más. La boca, dulce néctar, incitaba a beber hasta embriagarse. Para este entonces el miedo había sido derrotado muchas veces, y otra cosa (quién sabe la definición de ello) comenzaba a ebullir desde las profundidades. De los cuerpos emanaba un vapor suave y dulce que inundaba la habitación por completo, al tiempo que la piel ya superada por el calor dejaba salir pequeñas gotitas por doquier, algunas resbalaban formando pequeños ríos cual amazonas buscando el mar, otras veces la lengua se interponía sedienta. Y la lucha seguía y las pieles por momentos eran una y los dedos se perdían como barcos en alta mar, las bocas gemían para acallar todos los gritos que venían desde adentro, esos gritos que quieren salir y nadie escucha.

Vibra mi bolsillo y despierto o regreso al mundo. Pienso en que si fuera hombre todo sería más fácil, pero no. Debo irme, es hora de retirar a los niños del colegio; en el teléfono, mi marido me pide no olvide ir a buscarlos como la última vez. Sabe de mis problemas de memoria. Me levanto de la silla resignada mientras apoyo la plata del café sobre la mesa. A Sartre lo llevo en la mano por las dudas, guardo todo lo demás. Camino hacia la puerta y la miro por última vez. Ella me mira y sonríe. □



LA SOLEDAD COLECTIVA

*de García Márquez
a Lanthimos*

Por Pablo Rodríguez Ortiz

Muchas definiciones distintas se le dan a la soledad dependiendo del autor al que se proclame. La filosofía tiene varias vertientes, algunos se aferran a la soledad como expresión de la libertad, como Schopenhauer: “Sólo se puede ser totalmente uno mismo mientras se está solo: quien, por tanto, no ama la soledad, tampoco ama la libertad; pues únicamente si se está solo se es libre”. También están aquellos para los cuales la soledad es una condición interna ya que somos animales sociales y nuestro ser está compuesto por la mirada de otros, en esos casos se cumple la idea de Aristóteles. Solo se puede estar solo si se es un animal o un dios.

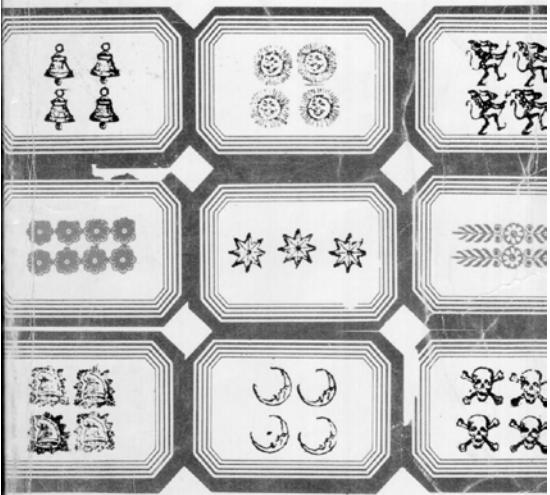
“La soledad, para mí, es lo contrario a la solidaridad” – Gabriel García Márquez

El tema recurrente en la obra de García Márquez es la soledad, vista como la falta de amor y la falta de empatía de los personajes. Esa condición es la generadora de soledad. En la célebre novela *Cien*

años de soledad, los Buendía eran incapaces de amar y ahí está el secreto de su soledad, de su frustración.

¿Pero estamos solos realmente si seguimos conviviendo en sociedad? Para el investigador y escritor mexicano, Gonzalo Celorio “Cien años de soledad” es una obra que debería pensarse desde la noción de una soledad colectiva y no tanto desde la soledad individual. Todos los personajes están acompañados todo el tiempo, lo que es solitario es ese pueblo, Macondo, su condición de marginalidad”. Desde esta visión entendemos que los conflictos, las peleas, los celos, la envidia y todas las interacciones con los otros por más ásperas que sean nos alejan de la soledad porque nos atan a un vínculo y a una comunidad. La soledad colectiva es en sí un acto de solidaridad entre los integrantes del conjunto y se trataría de un agente externo el que como dice García Márquez condena a nuestras estirpes a la soledad.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ
CIEN AÑOS DE SOLIDAD



EDITORIAL SUDAMERICANA

Esta idea de soledad colectiva se amolda al pensamiento aristotélico y se corresponde con toda la sociedad del siglo XX pero a su vez la modernidad y el miedo a la soledad en un mundo

globalizado e interconectado puede llevar a otros extremos donde se nos condene a estar unidos y conectados con otros, es entonces que vuelve a surgir la visión de Schopenhauer de abrazar a la soledad.

En la película *La langosta* (*The lobster*), de Yorgos Lanthimos del año 2015 la soledad es un pecado. Se nos muestra un futuro hipotético donde los adultos solteros son enviados a un hotel donde tienen 45 días para encontrar una pareja o de lo contrario son convertidos en animales.

Encontrar en otra persona un elemento físico que te identifica a vos mismo es clave para que se formen las parejas. Todas las relaciones pueden estar compuestas a partir de ese único vínculo que a veces incluso es mentira. En esa sociedad no se concibe la vida humana en estado de soledad por lo cual no existen emociones reales y todo es impostado. Los pocos que pueden escapar de esta civilización se esconden en el bosque y son considerados bestias, si los solteros del hotel los cazan y los matan pueden conseguir más días antes de ser convertidos en animales.

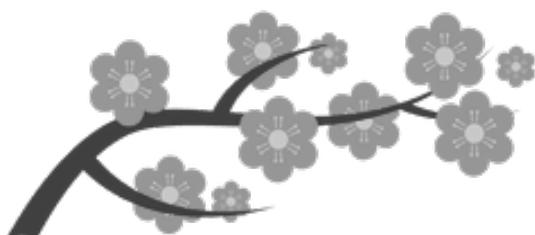


Portada de la película *The lobster*, de 2015.

David es el protagonista de esta película, interpretado por Collin Farell, y él atraviesa los dos mundos: la civilización en donde está obligado a amar y el de las bestias donde está obligado a estar solo y están prohibidas las relaciones amorosas. En *The lobster* la idea de la soledad colectiva es aplicable sea en el hotel o en el bosque, no se puede vivir sin interactuar y aquí es que convergen y se unen las distintas perspectivas de Aristóteles y Schopenhauer. Al abrazar completamente tu propia soledad te terminás convirtiendo en un animal como la langosta.

Cien años de soledad y *The lobster* reflexionan sobre la soledad y nuestra capacidad de amar. Estamos condenados a soledades colectivas, quizás podríamos considerar a la utopía de un mundo unido como una solidaridad colectiva y sobre esa utopía ya no hay mejores palabras que las dichas por García Márquez en el final de su discurso de recibimiento del Premio Nobel el 12 de octubre de 1982 en Estocolmo, Suecia:

"Un día como el de hoy, mi maestro William Faulkner dijo en este lugar: 'Me niego a admitir el fin del hombre'. No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra."





Sarmiento 1901 Esq. Bme. Mitre
Marcos Paz - Prov. de Buenos Aires
Tel: (0220) 477-5070

Lunes a viernes de 10:00 a 19:00hs
Sábados de 9:00 a 12:00hs

¿Qué necesitas para ser Socio?

Fotocopia del DNI
Completar planilla de inscripción
Admisión \$50 + cuota bimestral \$100

¿Qué servicios ofrecemos?

Préstamos de libros (solo para socios)
consulta en sala | fotocopiadoras
impresiones
(color, blanco y negro) | computadoras
servicio de internet (wifi) | talleres

Cursos y talleres

Fotografía | Taller literario | Teatro
para principiantes (a la gorra)
Grupo de lectura

A.C.U.D.A
PSICOLOGÍA SOCIAL
ACOMPAÑAMIENTO
TERAPÉUTICO
ESTIMULACIÓN TEMPRANA

Nuevo Rincón Infantil *Libres Pensadores*

Un espacio ambientado para los más
pequeños (pufs, fiacas, mesas y sillas)
Abierto al público





“Invernales”

Por Alejandra Llanos

entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

BAJADAS
IMPRESIONES
LASER
COLOR & B/N

VINILOS
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

TAZAS, JARROS, MATES
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

ESTAMPADOS
SERIGRAFÍA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

FOLLETOS | TALONARIOS
BOLSAS | SOBRES | IMANES

GRAN FORMATO
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD
{ 1 METRO DE
ANCHO }

diseño de
VIDRIERAS
CARTELERÍA
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

www.entretintas.com.ar

entretintasdg@gmail.com



011 38898869
02227 467530